El Mundo del Niño

Por Emilia Poulsson

LB
1179
.P85

Milton Bradley Co.
Springfield, Mass.

LIBRARY OF CONGRESS.

Chap. LB1179 Copyright No.

Shelf P85

UNITED STATES OF AMERICA.

"¡ Oh, Manzana ! Cae en mi delantal." (Ve p. 6.)

EL MUNDO DEL NIÑO

PLÁTICAS Y CUENTOS POR LA MAÑANA

EN

EL KINDERGARTEN, ESCUELAS PRIMARIAS, Y EN FAMILIAS

POR

EMILIE POULSSON

ILUSTRADOS CON GRABADOS POR L. J. BRIDGMAN

SPRINGFIELD, MASS., E.U. DE A.
MILTON BRADLEY COMPANY
1900

31022

Library of Congress
TWO COPIES RECEIVED
AUG 6 1900
Copyright entry
Aug. 10, 1900
No. 9, 19908
SECOND COPY.
Delivered to
ORDER DIVISION,
SEP 11 1900

69686

COPYRIGHT, 1900,
BY MILTON BRADLEY COMPANY,
SPRINGFIELD, MASS.

Norwood Press
J. S. Cushing & Co. — Berwick & Smith
Norwood Mass. U.S.A.

PREFACIO.

Estas pláticas y cuentos primeramente fueran colectados para usarse en los kindergartens de Boston y de sus cercanías.

Con respecto á las pláticas fué especialmente recomendado usar el material con bastante libertad siendo esto esencial para obtener buenos resultados, y esa recommendación se repite al someter esta colección á un círculo más grande de maestros y niños.

De ninguna manera este libro debe representar solamente el programa de un año. Nos hemos esforzado de ser exactos con respecto á los detalles, y para obtener tal resultado no hemos ahorrado trabajo ninguno en consultar las mejores autoridades. Si se encuentran equivocaciones agradeceremos muchísimo que se nos dé información de ellas.

La mayor parte de los cuentos en este libro son para niños de la edad del kindergarten y pueden usarse también en la familia y en las clases inferiores de la escuela primaria, pero hay también algunos cuentos escritos especialmente para niños de más edad.

En este libro se encuentran cuentos sobre la naturaleza, la vida del niño, sobre la historia y la mitología, porque, como nos dicen los mejores pedagogos, esta variedad es necesaria para el desarrollo simétrico de las facultades del niño. Las pláticas y los cuentos se refieren todos á los objetos, las actividades, fiestas, etc., que pertenecen al mundo del niño, con los cuales está en contacto y relación actual, y de los cuales es ansioso de hablar y oir.

En cada cuento la tendencia y influencia sobre el niño ha sido la suprema consideración.

> "I have indited thee, with care and love,
> My little book; and now I send thee forth
> On a good mission,
> In sweet homes to be a loving guest,
> And find a place in many a guileless heart."

EMILIE POULSSON.

Boston, Mass., E.U. de A.,
1893.

OBSERVACIÓN RESPECTO Á LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA.

Aunque los idiomas y las costumbres son diferentes en todos los paises, sin embargo los niños en todo el mundo son casi los mismos por sus intereses, su deseos y sus cuestiones, y los padres y los maestros en todo el mundo se esfuerzan comunicarles algún conocimiento de los fenómenos naturales, de las actividades humanas y de las verdades espirituales por medio de pláticas y cuentos. Bajo esta creencia este libro se ofrece á los maestros y padres que hablan español, y por medio de ellos, también á los niños á quienes enseñan, mandándoles el autor un cordial saludo.

El libro original de "El Mundo del Niño" contiene más de 400 páginas, y por eso tres volumenes más como él que aquí presentamos serían necesarios para completar el libro como es publicado en los Estados Unidos y en Inglaterra, y para proveer, como lo hace el libro original, pláticas y cuentos para toda ocasión y estación, y sobre todos los asuntos que de ordinario se presentan en el curso de la vida del niño.

E. P.

Boston, Mass, 1900.

GRABADOS.

	PÁGINA
Frontispicio, "¡Oh, Manzana, cae en mi delantal!"	
Los Pájaros	10
Donde los Leños Van	18
El Carpintero	26
El Reloj Solar	32
Las Hojas	41
"Creo que Sanaré"	52
El Viento y su Obra	58
El Palomar	71
El Panadero	77
Pepito y el Caballo	88
El Pobre Conejo	95
San Nicolás y el Ratón	115

TABLA DE MATERIAS.

PÁGINA

Las Frutas 3

La Manzana Dormida, *Traducido del Alemán.*
Espera y ve, *Josephine Jarvis.*

Los Pájaros en el Otoño 9

Lisa y los Pájaros, *Del Noruego.*
Grullas Transportadoras, *Holmes' Third Reader.*

La Madera 15

El Campo de los Leñadores, *Josephine Jarvis.*
El Leñador Honrado.

El Carpintero 23

Ligeras Acciones de Bondad, *Emilie Poulsson.*
Una Rima de Antaño, *Emilie Poulsson.*

El Reloj 30

Lo que el Reloj dijo á Dolly, *Minnie G. Clark.*
El Péndulo Descontento, *Jane Taylor.*

El Otoño 42

Los Vestidos de Invierno de los Botoncitos, *Josephine Jarvis.*
El Viejo Roble Bondadoso, "*Little Flower Folks.*"
Los Hijos de la Castaña.

Las Semillas 48

Cinco Guisantes en una Vaina, *Hans Christian Andersen.*
Juanito Semilla de Manzana.

El Viento 57

Cómo el Viento del Oeste ayudó á Diente de León, *Emilie Poulsson.*
Odiseo y el Costal de los Vientos.
El Viento del Norte y su Juego, *Cuento Aleman, Harriet Ryan.*

Las Palomas 69

La Paloma Cola de Milano, *Mary Dendy.*
El Pichón y la Hormiga.
Una Historia Verdadera de una Paloma, *M. P.*

PÁGINA

El Panadero 76

La Tortita de Sara.
El Conejo de Porcelana y su Familia, *Emilie Poulsson.*
Teodoro y el Bollo de su Cumpleaños, *E. P.*
Nerón en la Panadería, *Emilie Poulsson.*

Día de Acción de Gracias 84

Un Día de Gracias en Boston.
Cómo Pepita dió Gracias, *Emilie Poulsson.*
Gracias Matutinas, *M. J. Garland.*

El Invierno 91

Las Ardillas Económicas, *Mary Dendy.*
Juan Helada y su Obra, *Emilie Poulsson.*

La Canasta de Flores 99

Pequeñas Criadas, *Sydney Dayre.*
Cuento de Cómo el Niño Despierta, *Eudora Bumstead.*
El Cuento de Cómo el Niño se Acostó, *Eudora Bumstead.*

El Día de Navidad 109

El Día de Navidad en el Pajar, *Frances Arnstein.*
San Nicolás y el Ratón, *Emilie Poulsson.*
Píccola.

Los colaboradores de esta obra me han ayudado tan cordialmente que me es muy grato darles aquí mis sinceros agradecimientos.

También doy las gracias á las casas siguientes por el permiso que me han dado para usar sus cuentos y poemas: Youth's Companion, Boston; Kindergarten Publishing Co., Chicago; The Educational Publishing Company, Boston; The University Publishing Company, New York; Sunday School Association, London.

EMILIE POULSSON.

LAS FRUTAS.

Al Maestro : —

Aunque esta plática es más propia de manzanas que de frutas en general, sin embargo es mejor, por causa de la comparación, que el maestro tenga además de manzanas, peras, duraznos, ciruelas, uvas y otras frutas, como sea conveniente. El objeto más propio sería un pequeño racimo conteniendo frutas y hojas. Un grabado pintado con flores de manzana será también necesario.

Que los niños primero nombren las frutas que Ud les muestre. Pregúntense los colores de cada una. Que algunos de los niños distingan las frutas por el tacto solamente, haciéndose en seguida preguntas sobre sus formas. Contrástese el pellejo aterciopelado del durazno con el pellejo liso de la manzana y de la pera.

Que otros niños nombren las frutas oliéndolas, y otros probándolas, ya durante la lección, ya durante los juegos ó en la hora de la merienda.

Tómese cuidado que cada uno de estos ejercicios sea provechoso requiriéndose que el niño distinga las frutas por un solo sentido á la vez.

LA PLÁTICA.

¿De dónde vienen las frutas? (Si los niños entienden, que las frutas no vienen sólo de los fruteros, sino originalmente de los árboles, deben aprender también que cada clase de fruta tiene su árbol especial.)

¿Creéis que el manzano toma mucho tiempo para producir sus manzanas? De cierto es así, necesita mucho tiempo. Algunos de los niños mayores que estuvieron en el kindergarten el último año, pueden sin duda recordar las flores de manzana que vimos en la primavera. (Muéstrese la pintura de las flores de manzano.)

Cuando los bonitos pétalos rojizos y blancos se han caído del vástago, hay un pequeño botón duro y verde en su punta, y durante toda la primavera y todo el verano este pequeño botón verde crece y crece más. Finalmente, al fin del verano ó en otoño la manzana llega á su completa madurez. (Una serie de dibujos rápidos, mostrando el aumento gradual de la manzana que crece, intereserá é impresionará á los niños, si se hace de una manera animada. Las primeras pinturas de la serie pueden hacerse con yeso verde, las otras con rojo y amarillo ó con cualquier otro que represente mejor la manzana que se ha mostrado.)

¿Qué cosa ayuda al árbol para producir sus manzanas? La tierra, el aire, la luz del sol, la lluvia, porque nada puede crecer sin ésto.

¿Para qué sirvan las frutas? Son muy buenas para comer y muy saludables cuando están maduras y frescas, ó cuando están bien cocidas. Los insectos, los gusanos y los pájaros se alimentan deliciosamente con ellos, y aun los animales más grandes las comen también á veces.

Estaba yo atravesando un campo el otro día con una señora, cuando dos vacas corrieron hacia ella. "¡Oh, si! ¿Queréis manzanas? ¿No es verdad?" dijo la señora. Entonces ella me

explicó que una vez había dado algunas manzanas á estas vacas y que venían á ella desde entonces cada vez que cruzaba el campo, evidentemente esperando recibir otra vez tal fruta.

¿Qué encontráis dentro de la manzana, cuando la coméis? ¿Qué cosa en la pera? ¿durazno? ¿ciruela? ¿uva? (Que un niño corte una manzana á la mitad verticalmente, y que otro niño corte otra manzana horizontalmente, y hágase lo mismo con dos peras.) ¿Cuántas semillas hay en la manzana? ¿y cuántas en la pera? ¿Se utilizan las semillas? Mirad las semillas de la manzana. ¡Que brillante color moreno tienen! ¡y que pequeñas son! Sin embargo cada semilla si se planta y cultiva convenientemente, crecerá hasta llegar á ser un árbol — un árbol, con raices, tronco, ramas y hojas, y con flores en la primavera y con frutas en el otoño.

¿No son útiles y maravillosas estas pequeñas semillas? ¿Quisiérais tener un arbolito de manzana creciendo en el kindergarten? ¿Qué haremos entonces? (Será bueno plantar algunas semillas para asegurar el resultado deseado.)

CUENTOS.

LA MANZANA DORMIDA.

(Traducido del alemán.)

En la copa del árbol, entre las verdes hojas, pendía una manzanita colorada y parecía como si estuviese durmiendo. Una niñita se acercó y parándose bajo sus ramas miró hacia arriba y habló á la manzana: "¡Oh, Manzana, cae en mi delantal! no necesitas dormir tanto!"

Ella habló mucho tiempo y suplicó mucho, pero la manzanita no despertó. No se movía en su cama, sino parecía como si estuviese riéndose de ella en su sueño.

Entonces apareció el sol brillante; alto en los cielos él brillaba. "¡Oh Sol, querido Sol!" dijo la niña, "sirvete despertar á la manzana!" El sol dijo: "Oh, sí, con gusto lo haré." De suerte que envió sus brillantes rayos sobre la cara de la manzanita, y la besó cariñosamente, pero la manzana no se movió absolutamente.

Entonces llegó un pájaro y se paró sobre una rama del árbol y cantó un hermoso canto, pero ni aun así la manzanita se recordó. ¿Y qué sucedió después?—"Yo sé," dijo la niña, "él no besará la manzanita,—ni puede cantarle-él obrará de otro modo." Y de veras, el viento infló sus cachetes y sopló y sopló, y sacudió el árbol, y la manzanita se asustó tanto que se despertó y brincó hacia abajo del árbol y cayó justamente en el delantal de la niñita. Ella se soprendió mucho y muy alegre dijo al viento: "Le doy á Ud muchas gracias, Señor Viento."

ESPERA Y VE.

Un arbolito de haya estaba creciendo por el lado de su madre. Le dijo á ella un día, "Madre mía, ¡ojalá que yo supiera para qué yo puedo ser útil en el mundo! Allí está el vecino Roble que

arroja bellotas á los puercos del maestro. El Vecino Abedul le da su corteza lisa para hacer un bote. El Vecino Abeto da la goma para tapar las hendeduras del bote para que el agua no penetre, y todos los otros pueden ayudar de una manera ó otra; pero yo ¿qué puedo hacer?" "Espera y ve," dijo su madre. De suerte que el arbolito esperó.

Después de algún tiempo algunas bonitas flores de forma como éstas (muéstrense flores ó pinturas de flores semejantes á las flores de la haya) crecieron sobre el arbolito. Entonces la pequeña haya se sintió muy feliz. "¡Oh!" dijo, "ahora veo el bién que puedo hacer. Puedo agradar á nuestro maestro, pareciendo muy bonita."

Cuando las flores se cayeron, la pobre hayita se sintió muy triste. "Oh, madre mía," dijo, "todas mis bonitas flores se han caído y ahora no puedo parecer ya bonita. ¿Qué haré?" "Espera y ve," dijo la madre. El arbolito pensó que el esperar era una cosa muy dura, pero se dijo á sí mismo: "Mi madre sabe mejor que yo, de modo que yo haré lo que ella me dice."

Después de algun tiempo pequeñas cosas verdes y espinosas crecieron donde las flores habían estado. Esto agradó al arbolito tanto como los flores, y se contentó de esperar, y ver si ellas serían útiles ademas de ser bonitas.

Entonces las pequeñas cosas verdes y espinosas se volvieron morenas, y la hayita pensó que no eran ya bonitas. "¡Oh, madre mía!" dijo, "mis pequeñas cosas verdes y espinosas se han todas vuelto morenas, y ahora ya no puedo parecer bonita. ¿Qué haré?" "Espera y ve," dijo su madre, de suerte que el arbolito esperó.

El otoño había llegado, y el tiempo comenzaba á estar frío en la parte del país, donde vivía la hayita. Una mañana después de una fuerte helada, la hayita vió que sus pequeñas cosas morenas y espinosas todas se habían caído. "¡Oh, madre!" dijo, "allí están mis pequeñas cosas espinosas en el suelo y ahora estoy segura que nunca más seré útil á alguno." "No te desanimes todavía, espera y ve," dijo su madre.

En este momento los niños del maestro pasaron por allí. Tenían canastos en sus manos porque iban á recoger nueces en el bosque. Cuando ellos pasaron debajo de la hayita, el niño mayor

se paró. "¡Oh, niños, ved! bellotas de haya en el suelo. A nuestra madre le gustan mejor que cualquiera otra clase de nueces. Cojámoslas todas y llevémoslas á casa."

Como los niños se fueron con las nueces, la madre del arbolito dijo: "Ahora, mi querida, puedes ver el bién que puedes hacer." "Sí, madre mía," dijo el arbolito. Y despues de esto siempre estaba contenta, aun cuando llegó á ser un arbol grande, tan grande como su madre.

—JOSEPHINE JARVIS.

LOS PÁJAROS EN EL OTOÑO.

Al Maestro: —

Para el estudio de los pájaros y de su vida el mejor tiempo es la primavera, cuando damos la bien venida á los pequeños viajeros que vuelven. Por este tiempo los niños pueden observar con más exactidud todos los detalles y tienen mayor facultad de expresión también como mayor familiaridad con la vida de los pájaros por medio de los juegos de pájaro y los juegos de dedos.

Si hay un canario en el kindergarten, ésto naturalmente proporcionará el objeto para esta plática; pero á la emigración de los pájaros y las causas que la producen se debe dar énfasis.

LA PLÁTICA.

(Cántese el juego de dedos de Froebel: "El Nido de los Pájaros."[1])

Muéstrese un nido y explíquese un poco la construcción del nido y la vida familiar que el canto solamente ha sugerido.

El nido es la casa de los pajaritos. De veras un pequeño lugar para una completa familia. ¿No es verdad? Los pajaritos son muy chiquitos y se agachan juntos bajo las alas de la pájara, mientras el pájaro generalmente se para en una rama cerca del nido.

¿Cómo se suben los pájaros al árbol? ¿Con qué vuelan? (Que los niños digan todo lo que puedan acerco de los pájaros, su apariencia, hábitos, cantos, y que digan también qué pájaros conocen por nombre.)

¿Qué comen los pájaros? Frutas, granos y otras semillas, gusanos é insectos. ¿Dónde los encuentran? ¿Hay gusanos y

[1] *Mutter und Kose Lieder, Friedrich Froebel*, ó *Songs and Music of Froebel's Mother Play, Susan E. Blow.*

Los Pájaros.

insectos en el invierno? ¿Producen frutas los árboles en el invierno? ¿Qué hacen los pobres pájaros cuando el viento frío sopla y los árboles pierden sus hojas y el suelo se cubre de nieve? ¡Pobres pajaritos! Ellos no podrían vivir, si se quedasen aquí. Ellos se helarían ó morirían de hambre durante nuestro invierno. Por esto en el otoño cuando sienten que el aire es más frío y el alimento se escasea, deciden emigrar. Grandes bandadas vuelan juntas.

¿Dónde pensáis que van? Muy lejos á otra parte de nuestro país, donde es caliente y donde brilla siempre un sol de verano.

¿No es maravilloso ver que ellos conocen cuándo y adónde deben irse? ¿ver cómo encuentran su camino, algunas veces al través del mar, y siempre á mucha distancia? ¡Qué alegres deben estar después de volar tan lejos al alcanzar un lugar donde hallan frutas y flores, y verdes árboles y un caliente sol!

¿Se van todos los pájaros á un país caliente? ¿Qué pájaros se quedan con nosotros todo el invierno? ¿Encuentran fácilmente bastante que comer? ¿Quisiérais ayudarles con algo este invierno? Si nosotros les diésemos solamente las migajas y pedacitos de nuestra merienda diaria, podríamos salvar la vida de muchos de ellos. Tal vez algunas veces podamos hacer una fiesta para nuestros amiguitos emplumados.

CUENTOS.

LISA Y LOS PÁJAROS.

(*Del Noruego.*)

"Decidme," dijo la pequeña Lisa, "¿dónde encontráis, pajaritos, todo lo que necesitáis para comer?" Respondieron los pajaritos, cantando alegremente: "Sabemos que para nosotros hay una sabrosa mesa que se extiende por dondequiera que vamos. La buena tierra morena bondadosamente á penas tiene una simple planta que no festeje los pajaritos cuando necesitan semillas y frutas." Así cantaron los pájaros á Lisa. "Pero," dijo Lisa con compasión, "cuando se cansan los pajaritos, ¿dónde pueden encontrar una cama?" Alegremente los pajaritos chirriaron: "En todo arbusto ó árbol, donde queremos construir nuestro nido, podemos vivir libremente; sombreados por las hojas y escondidos por ellos, descansamos con seguridad. Nunca hubo cama más cómoda que el nido de un pajarito." Sin embargo la pequeña Lisa siguió preguntando: "Pero cuando deseáis beber, ¿qué hacéis entonces?" Los pajaritos trinando respondieron: "Buscamos la orilla del arroyo, ó beborroteamos el rocío de la mañana, que cada hoja contiene. O tomamos con gusto las gotas de lluvia de alguna hermosa flor. Y hay muchas manantiales y fuentes y muchos charcos al lado del camino ofreciendo sus brillantes aguas cristalinas y frescas." Entonces dijo la cariñosa Lisa: "Cuando llega aquí el invierno y todo está helado, yo temo que moriréis de hambre." "Oh, niñita bondadosa," chirriaron los pajaritos, "volamos á tierras calientes donde hallamos los placeres del estío. Y para los pajaritos que quedan aquí aun cuando ha llegado el invierno, alguna niña tan buena como tú seguramente les aventará migajas."

GRULLAS TRANSPORTADORAS.

Había una vez seis pajaritos todos gordos, esponjados y muy amigos, que estaban parados en la playa del Mar Mediterráneo.

Dijo uno de ellos á los demás: "Amiguitos gordos y esponjados, vamos á Africa. He oído que los gusanos allá caen en las bocas de los pajaritos tan pronto como la abren, y que tienen además muy buen sabor."

Le dijeron los otros: "Amiguito gordo y esponjado, alegremente iríamos á Africa, ¿pero cómo podemos ir allá? Nuestras alas son cortas, y somos muy pequeños. Nunca podríamos volar tan lejos; pero nos cairíamos en el mar y nos ahogaríamos."

"Eso es verdad," dijo el primero. "Veamos si alguno no viene para que nos lleve al través del mar." De suerte que todos espararon, parados sobre la arena de la playa. Pronto un gran pescado vino nadando cerca de ellos.

"¿Nos llevarás á Africa, pescado?" preguntaron los seis pajaritos.

"Los llevaré al fondo del mar," replicó el pescado. "De esta manera," y plegando sus aletas él se zabulló en el agua tan pronto como una flecha.

"Oh, oh," dijeron los pajaritos, "qué afortunados fuimos de no haber ido con él. Debemos esperar más."

En seguida paso una oveja cerca de ellos, y como parecía muy buena, los pajaritos la suplicaron si querría llevarlos á Africa.

"No puedo," dijo la oveja, "nunca nado y no puedo volar. Debéis esperar á las grullas."

"¿Y quiénes son las grullas?" preguntaron los pajaritos.

"Son muy grandes pájaros," dijo la oveja, "con largos picos, muy largos pescuezos y piernas aun más largos todavía. Una vez al año vienen del norte y vuelan hacia Africa, y siempre llevan pajaritos como vosotros. Me sorprende que vosotros nunca las hayáis visto."

"Somos muy jóvenes," respondieron los amiguitos gordos y esponjaditos; "hemos visto muy poco del mundo, pero te damos las gracias por habernos dicho eso, y esperaremos á las grullas."

Ellos no esperaron mucho. En pocos momentos oyeron un ruido sobre sus cabezas, y mirando hacia arriba, miraron una bandada de pájaros grandes con pescuezos estirados y sus alas extendidas, volando bajo sobre la playa.

"¿Nos llevaréis á Africa?" exclamaron los pajaritos todos en agitación, cuando la primera grulla los pasó.

"Estoy llena," replicó la grulla. "La cuarta que viene detrás de mí podrá llevaros, pero debéis montar pronto."

Como el pasó, los seis amiguitos vieron que sus espaldas estaban cubiertas con pequeños pajaritos, todos unidos y agarrándose con sus picos y uñas.

Pasó la segunda grulla, y también la tercera, ambas muy cargadas. Después pasó la cuarta. Pronto, pronto. los seis amiguitos gordos y esponjaditos se montaron sobre su espalda, con una docena de compañeritos más, todos de su tamaño.

"¿Estáis bien?" dijo la grulla. "¡Agarraos bién!" y en seguida voló sobre la mar ancha y azul.

Muchos otros pajaritos llegaron volando á la playa, para tomar pasaje sobre las grullas transportadores. Y muchas espaldas fueron cubiertas con chiquitos pasageros.

"¡Todos á bordo!" gritaron las grullas. "Tvit, tvit, chirre, chirre," graznaron los pasageros. Y todo el treno salió, muy lejos sobre el mar, hacia la blanca playa de Africa.

Tal vez una parte de esta historia es verdadera, porque las grullas realmente llevan centenares de pajaritos sobre el Mar Mediterráneo cada año. Pero si los gusanos de Africa caen en la boca de los pajaritos, de su propia voluntad ó no, no es tan seguro; y si yo fuera vosotros, no lo creería hasta verlo.

— *Holmes' Third Reader.*

LA MADERA.

Al Maestro: —

Teniendo varios objetos conocidos sobre la mesa, déjese que los niños digan de que son hechos. O, si la plática sobre las frutas y semillas ya se ha dado, tómese la materia de lo que nos da el árbol.

LA PLÁTICA.

Que cada uno de nosotros nombre alguna clase de las frutas que crecen en los árboles. (No se olviden las diferentes clases de nueces también.) Además de las muchas clases de frutas, los árboles nos dan las hojas hermosas que hemos tenido en el kindergarten este otoño, la sabia, de la cual el azúcar de arce se hace en la primavera, y la madera — oh! tanta madera! Toda la madera que tenemos para quemar y toda la madera que se usa para construir edificios, ó en cualquiera otra manera, viene de los árboles.

(Que cada niño toque ó hable de algo hecho de madera. Trátese que este ejercicio sea animado. Prepárense á los niños que se crea no estar listos para nombrar alguna cosa, por darles objetos de madera que puedan mostrar y nombrar.

Una pequeña sugestión para los niños atrasados á menudo los facilita para obtener el beneficio que de otra manera no sacarían de cualquier ejercicio.)

Nuestras mesas y sillas no se parecen á los árboles de los cuales han sido hechas, ¿no es verdad? díme cómo parece un árbol. ¿Qué forma tiene el tronco la parte alta y gruesa de él? Cuando la tocas ¿es áspera ó lisa?

Supóngase que vamos á hacer una mesa de un árbol ¿qué tendríamos primeramente que hacer?

(Que los niños describan tanto como sea posible la obra preliminaria, — la seleccion de un árbol de clase y tamaño propios (escójase la clase de la cual la mesa es realmente hecha), el cortamiento del árbol, el aserramiento y el cortamiento de las ramas, el arrastramiento de los troncos al río, para llevarlos al aserradero, donde son aserrados en tablas, apilándolas en el corral para secarlas y dejándolas allí hasta que alguien venga y las compre.

Cántese el canto de Froebel "Zish, Zish (Ras, Ras),"[1] y que los niños jueguen como si estuviesen haciendo una mesa de las tables cuya historia han descrito.

---

[1] *Mutter und Kose Lieder, Friedrich Froebel*, ó *The Carpenter*, en *Songs and Music of Froebel's Mother Play, Susan E. Blow.*

CUENTOS.

EL CAMPO DE LOS LEÑADORES.

Cuando mi hermano Russell era muy pequeño, vivíamos en Maine, un estado grande en la parte nord-este de los Estados Unidos. Había grandes bosques cerca del pueblo donde estaba nuestra casa, y los hombres que vivían en esta parte del país acostumbraban ir á esos bosques en el principio del invierno, permaneciendo allí hasta la primavera, cortando árboles y preparándolos para ser aserrados en tablas en el aserradero.

Siendo muchos los hombres que íban juntos al mismo lugar, se construyeron una casa para vivir en ella mientras estaban en los bosques. Fué una casa cuadrada de un solo cuarto y la llamaron su campamento. Como su trabajo era hacer leños de los árboles que cortaban, el campamento fué llamado el Campo de los Leñadores.

Un día mi tío vino á nuestra casa y dijo que iba á uno de sus campos y que estaría allí toda la noche. Tenía consigo su niñito y rogó á mi madre, si Russell podía ir también. Mi madre consintió y Russell fué muy contento, y pronto salió con su tío y su primo.

Tenían que andar algunas millas, pero estando el camino propio para los trineos, los muchachos gozaron muchísimo. Cuando ellos llegaron al campamento al fin de la tarde, los hombres se alegraron muchísimo de ver á los niños, porque, estando tan lejos de casa, ninguno de ellos había visto á un niño por muchas semanas.

Los muchachos cenaron con mucho gusto los biscochos calientes, puerco asado y fricoles, así como el café, todo cocinado por uno de los leñadores.

Después de la cena se acostaron en la tarima hecha de tablas á un lado del cuarto. La tarima estaba llena de ramas de pruche ó heno y cubierta con colchas ó frazadas.

DONDE LOS LEÑOS VAN.

Los piés de los muchachos se voltearon hacia el fuego que ardía toda la noche en la mitad del cuarto, escapándose el humo por medio de un ajugero cuadrado en el techo. Estando así agradablemente calentados sus pies, los muchachos no sintieron absolutamente el frío; durmieron profundamente y fueron entre los primeros los que se despertaron por la mañana. Fué muy curioso observar al cocinero preparar el almuerzo (siendo el mismo que la cena), y después del almuerzo salieron para ver á los hombres trabajar.

Nunca se cansaron de observar á los "cortadores," como se llamaban los que cortaban los árboles. Dos cortadores empezaron á cortar el tronco de un árbol, parándose en los lados opuestos y haciendo volar las astillas en toda dirección. Como la hendedura hecha por cada cortador se acercó más y más al centro, el árbol comenzó á temblar y finalmente cayó! Pero los hombres sabiendo en que dirección iba á caer, pudieron brincar á un lado.

El árbol no siempre cayó directamente sobre el suelo, porque á veces los hombres lo hacían caer sobre un árbol más pequeño para prevenir al mayor de astillarse, como podría ser si la fuerza de su caída no fuese interceptada.

Cuando el árbol estaba en el suelo, otros hombres venían y cortaban sus ramas, mientras los dos cortadores iban á cortar otro árbol.

Mientras las ramas eran cortadas, otro árbol era tranchado, y los leñadores pasaban á cortar sus ramas como habían hecho al otro, mientras los cortadores volvían al primer árbol y lo cortaban enteramente en pedazos de diferente tamaño. Estos pedazos se llamaban leños.

Entonces los carreteros venían y cargaban los leños sobre sus rastras y los arrastraban al río que los llevaba río abajo hasta el aserredero cuando el hielo se derretía en la primavera.

¿Qué animales pensáis arrastraban las rastras? "¿Caballos?" No. Usan caballos en algunos lugares; pero en Maine, por ese tiempo, usaban bueyes para arrastrar las rastras, porque los bueyes pueden moverse con más facilidad por la nieve espesa que los caballos. Los bueyes no eran enjaezados como los caballos, pero cada par llevaba un yugo al cual un anillo estaba unido. La lanza pasaba por este anillo, ó una cadena era atada á ello.

Los niños permanecieron hasta después de la comida y entonces partieron para su casa en el trineo gozando de otro agradable paseo. Russell trajo consigo uno de los biscochos del campamento para enseñarlo á su madre.

"Mira, Mamá," dijo él con entusiasmo, "que buenos biscochos tuvimos en el campamento. Traje uno á casa para que tú lo pruebes. Es el mejor biscocho que jamás he comido." La mamá y la abuelita lo probaron, y entonces se miraron mutualmente. El biscocho era amarillo (por ser hecho con salerato en lugar de soda), y por supuesto tenía un sabor fuerte de salerato; pero al niñito con el apetito aumentado por el aire frío el biscocho le parecía delicioso.

JOSEPHINE JARVIS.

EL LEÑADOR HONRADO.

Vivía en los bosques verdes y solitarios, cerca de un estrepidoso río que espumante y brillante corría en su lecho, un buen hombre cuyo trabajo era cortar madera. Con su hacha fuerte y afilada sobre su hombro salió un día de otoño, y escogiendo un grande roble cerca del río, empezó pronto á cortarlo con su hacha.

Las astillas saltaban á cada golpe, y el sonido de la hacha al cortar la madera hacía un eco tan claro que hubiéseis pensado que otro cortador de madera estaba trabajando no muy lejos de allí.

Pensó en seguida el leñador que debía descansar un poco. Apoyó su hacha contra el roble, y volviéndose para sentarse, tropezóse con su hacha, y antes que pudiera cogerla, se había resbalado á la orilla del río y cayóse adentro donde el agua estaba muy honda. El pobre leñador miró dentro el río que corría tan alegre como antes sobre su tesoro perdido, y entonces exclamó en su desgracia, "¡Oh! ¿qué haré? ¡Mi buena hacha! ¡La única ya que yo tenía! Nunca la obtendré otra vez. Aunque tuviera dinero para comprar otra, aun lamentaría esta, — tan fuerte era y tan afilada y el fuerte puño tan liso y agradable á mis manos."

La ninfa ó hada del agua que vivía en este río (porque todo eso acontecía en los días de las hadas) oyó las tristes palabras del leñador, y levantándose á la superficie del agua, habló á él en una voz que era tan dulce como el murmullo de las aguas al gotear.

"¿Por qué estás tan triste?" dijo cariñosamente. El leñador le contó su infortunio, maravillándose muchísimo del aparecimiento repentino de esta amable creatura.

"Cesa tus tristes palabras," dijo la ninfa en el mismo dulce acento. "Muy, muy á lo lejos del alcance de los ojos y manos de cualquier mortal yace tendida tu perdida hacha; pero espera y ten fé. Los ojos y las manos de las hadas tienen poder aun en las profundas aguas de este río."

Desapareció y apareció otra vez tan pronto como una idea, y con ella trajo una hacha de plata. Mostrando este rico tesoro al leñador y sonriendo le preguntó: "¿Es ésta tu hacha?" "Oh, no," dijo él y sacudió su cabeza. Entonces la alegre ninfa, dejando el hacha en la orilla del rio, dijo: "Yo iré y probaré otra vez." Se zabulló y instantáneamente he aquí apareció otra vez, trayendo consigo una hacha de sólido oro. "¿Es ésta tu hacha?" preguntó al leñador. "Oh, no, no, no," el hombre replicó. "Esta no es mi vieja hacha," y suspiró. "Esta es de un metal muy diferente, y vale, sin duda, mucho más, pero no es mía."

"¡De veras!" dijo la ninfa, "entonces esta hacha de oro que quede en la orilla del río juntamente con la otra de plata, mientras busco otra vez la tuya." De nuevo las azules aguas cerráronse sobre la hada. El leñador miró á la hacha de oro y á la de plata, que brillaban en el zacatillo.

"Son hermosas," dijo él, "y mucho más caras que la mía, que por buena que sea, es solamente de acero; sin embargo yo no pretenderé poseer lo que no es mío, ni diré nada que no sea la verdad."

En este momento la ninfa de las aguas había otra vez aparecido encima de las brillantes olas, teniendo otra hacha en su mano. El leñador extendió sus manos con un grito de alegría. "¡Esa es mía!" exclamó. "Esa es seguramente mi vieja hacha!"

"Sí," dijo la ninfa, poniendo la hacha en sus manos. "Esta es tu hacha, pero es simplemente de acero. ¿No te gustó la de plata ni la de oro?" "Sí, me gustaron," respondió el leñador, "pero ni la hacha de plata ni la de oro eran mías. Ni por ellas ni por otro cualquier tesoro diré lo que no es verdad." "Bien, honrado leñador," dijo la hada con una alegre sonrisa de aprobación. "La verdad es mejor que la plata y el oro. La verdad puede hacerte fuerte de corazón y feliz aunque pierdas todo.

¡Ahora adiós!" continuó, "pero toma como una dátiva que yo te doy, la hacha de plata y la de oro."

Diciendo así ella sacudió su blanca mano y desapareció. El admirado leñador miró hacia el río, pero este brillaba y espumaba como siempre; y al fin con su corazón lleno de gratitud hacia la ninfa por su gran bondad, el honrado leñador juntó las tres brillantes hachas y apresuróse á su casa para contar su maravillosa aventura.

EL CARPINTERO.

Al Maestro: —

Para esta plática el maestro debe tener pedazos de madera (ásperos y lisos, grandes y pequeñas, gruesos y delgados) siendo estos muy útiles para demostrar los cambios que hace el carpintero de su material. Las herramientos del carpintero también deben mostrarse y usarse, si es posible. Una visita á la carpintería será una preparación excelente para el maestro. Si el maestro tomase á los niños consigo ó si el carpintero visitase el kindergarten mostrándoles como usa sus herramientos, sería mucho mejor.

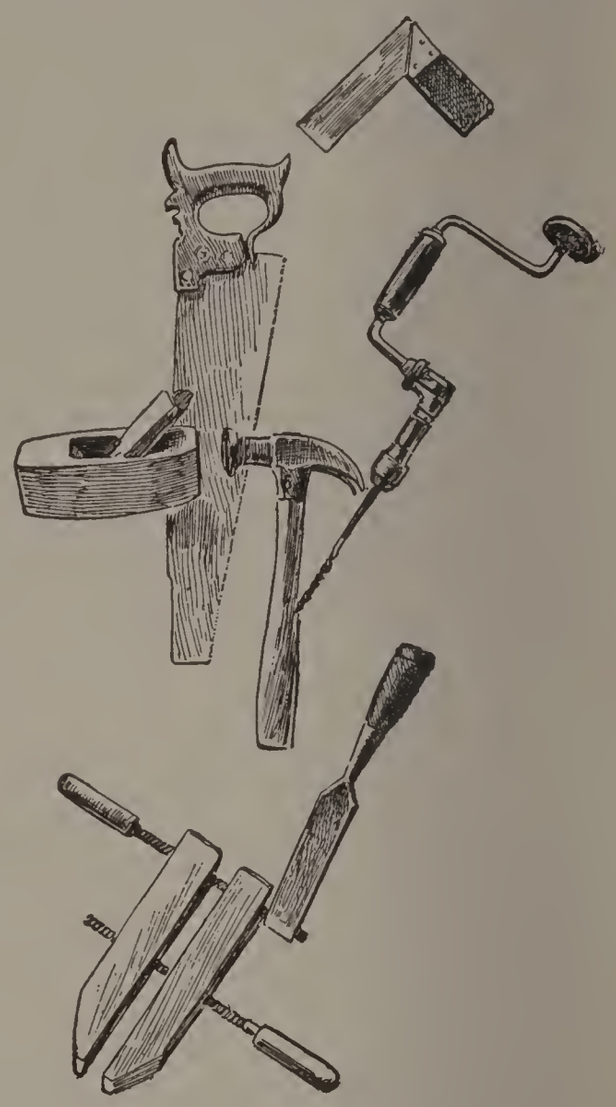
LA PLÁTICA.

(Pregúntese á los niños respecto al origen y uso de la madera basándose en la plática anterior. Que ellos mencionen otra vez las cosas que son hechas de madera, — en la escuela, en casa, ó en la calle.)

¿Quién corta los árboles? ¿Quién hace los barriles, cubetas, etc., de madera? El tonelero. ¿Quién construye las casas? ¿Qué otra cosa hace el carpintero? Tal vez hay algunos niños cuyos padres son carpinteros. Veamos cuántos.

Que cada hijo de carpintero nos hable de algunas de las herramientas que usa su padre en su trabajo. ¿Conocen los otros niños cualquiera otra clase de herramientas que los carpinteros usan? (Que los niños examinen las herramientas provistas, y véase de cuántas conocen el nombre y su uso. Muéstrense pedazos de madera y pregúntese la clase de herramienta por la cual la madera áspera se hace lisa, y la grande pequeña, cómo se taladran los agujeros, cómo se ensamblan los pedazos, etc., etc., determinando así toda clase de herramienta.)

Un hombre tiene que aprender como usar todos estos instrumentos y hacer todas estas cosas y muchas otras antes que pueda ser un buen carpintero. ¿Podéis enseñar lugares en este cuarto donde se ha usado el cepillo? ¿el martillo? ¿la sierra? ¿Quién ha trabajado aquí para hacer este cuarto agradable y cómodo?



¿Quién preparó la madera para el carpintero? El leñador en el bosque y los aserradores en el aserradero. Además de todos estos hombres el albañil y el pintor y el vidriero ayudaron en la construcción de esta casa. Los albañiles construyeron el sótano y las paredes, el pintor pintó la casa, y el vidriero puso los vidrios en las ventanas. ¡Mirad á cuantas personas les tenemos que agradecer por la construcción de nuestras casas! ¿Viviríamos muy cómodamente si no tuvieramos casas donde vivir? ¿Si tuviérais una buena casa bien construida, os gustaria vivir allí solos? ¿sin mamá y papá y sin hermanos y hermanas? No, estoy seguro que no. No es bastante tener una casa, — la casa necesita una familia en ella, padre, madre y niños que se aman mutualmente. Entonces una casa, ó una parte de ella, se convierte en un hogar.

CUENTOS.

LIGERAS ACCIONES DE BONDAD.

Un wagoncito colorado con cuatro ruedas y un largo mango para jalarlo, es un juguete maravilloso. El pequeño Howard habiendo hallado tal wagoncito al lado de su cama cuando se despertó una mañana, á penas pudo esperar el momento cuando podría jugar con él. Después del almuerzo él corrió hacia fuera tan pronto como pudo. Al principio sólo se divertía corriendo acá y allá sobre la ancha acera, y oyendo las ruedas rechinar sobre los ladrillos. Era interesante para él voltear su wagoncito, porque las ruedas delanteras se volteaban debajo del pescante del wagoncito, lo mismo como las de un wagón grande.

Más tarde vino su tía Catalina y viéndola Howard corrió alegre á encontrarla y enseñarle su nuevo wagón.

"¡Mira las llantas, tiíta, como brillan! Y las ruedas delanteras se voltean, y la tabla trasera se saca también!"

La tía Catalina admiraba todo y viendo las letras doradas en el lado del wagón, preguntó: "¿Es 'Estrella' el nombre de este maravilloso wagón?"

"Sí," dijo Howard, "esto es 'El Express de la Estrella.'"

"Entonces yo mandaré esto libro á tu mamá por el Express de la Estrella, porque mis brazos estan muy cansados," dijo la tía Catalina, y puso el librote en el wagón y Howard lo llevó á su mamá.

Después de un rato Howard jugó como si él fuera un lechero. Anduvo á lo largo del paseo, parándose en frente de cada casa como para dejar leche. En seguida llegó á la esquina y entonces regresó.

Pero al voltear vió que algo le había pasado al wagoncito. Examinándolo Howard vió que una rueda se había zafado. La levantó y miró al wagón con gran tristeza. Casi lloró. Había pensado que se divertiría todo el día, pero ahora su wagón estaba quebrado.

El Carpintero.

"Tal vez mi papá puede componerlo," pensó Howard, "pero aun que él pueda, no estará en casa sino hasta la noche. Mi papá es tan ocupado además, que quizás no tiene tiempo para componerlo por dos ó tres días."

El pobre Howard se puso muy triste cuando estos pensamientos pasaron por su cabeza. En ese momento alguien le habló. Una cariñoso voz le dijo: "Dáme la rueda, niñito."

Un hombre cuya cara era tan cariñosa como su voz se acercó. Puso en el suelo una caja de madera que él había traido sobre su hombro.

No sabiendo lo que iba á suceder y con un sentimiento súbito de esperanza, Howard le dió la rueda. El hombre tomó algunas herramientas de carpintería que sacó de su caja y comenzó á componerla. Howard le observaba con mucho interés. Vió que el hombre era un carpintero y sabía perfectamente que debía hacer.

En poco tiempo la rueda fué unida al wagón, y el bonito wagoncito fué tan perfecto como antes.

"¡Mira!" dijo el carpintero, "está compuesta ahora, no creo que se zafe otra vez."

"!Oh, gracias! ¡Gracias!" dijo Howard. "Me alegro muchísimo de que esté compuesto. Es un nuevo wagón y me divierto mucho con él."

"¡Adiós!" dijo el carpintero, tomando su caja y poniéndola sobre su hombro.

"¡Oh!" dijo Howard, "yo quisiera que Ud me dejara llevar su caja de herramientas. Esto es el Express de la Estrella."

"Sería buena idea," dijo el carpintero. "¿Hasta dónde va este express?"

"Hasta la esquina," respondió Howard.

El carpintero puso su caja de herramientos en el wagón, y este comenzó á rodar hacia abajo de la calle.

Después de esto Howard esperaba cada día á su carpintero, como él le llamaba, y corría á encontrarle dondequiera que lo veía; y si, como algunas veces sucedió, el carpintero tenía que llevar su caja de herramientas ó un paquete de clavos, siempre Howard los ponía en el wagón y los llevaba tan lejos como él podía.

—EMILIE POULSSON.

UNA RIMA DE ANTAÑO.

Este es el árbol del bosque.

Esta es el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

Este es el leñador que, como todos sabemos, manejó el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

Este es el leño, que al lado del río rodó el leñador que, como todos sabemos, manejó el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

Este es el río cuya creciente marea llevó el leño, que al lado del río rodó el leñador que, como todos sabemos, manejó el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

Esta es la rueda que iba rodando, volteada por el río cuya creciente marea llevó el leño, que al lado del río rodó el leñador que, como todos sabemos, manejó el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

Estas son las sierras que con zumbante sonido, fueron movidas por la rueda que iba rodando, volteada por el río cuya creciente marea llevó el leño, que al lado del río rodó el leñador que, como todos sabemos, manejó el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

Estas son las tablas, tan derechas y largas, cortadas por las sierras que con zumbante sonido, fueron movidas por la rueda que iba rodondo, volteado por el río cuya creciente marea llevó el leño, que al lado del río rodó el leñador que, como todos sabemos, manejó el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

Este es el carpintero, hábil y fuerte, que aplanó todas las tablas, tan derechas y largas, cortadas por las sierras que con zumbante sonido fueron movidas por la rueda que iba rodando, volteada por el río cuya creciente marea llevó el leño que al lado del río rodó el leñador que, como todos sabemos, manejó el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

Esta es la casa con sus ventanas y puertas, con sus vigas y caballetes, con sus techos y pisos, que fué construida por el carpintero, hábil y fuerte, que aplanó todas las tablas, tan derechas y largas, cortadas por las sierras que con zumbante sonido fueron movidas por la rueda que iba rodando, volteada por el río cuya creciente marea llevó el leño que al lado del río rodó el leñador que, como todos sabemos, manejó el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

Esta es la familia — toda reunida — padre y madre y niños queridos, que viven en la casa con ventanas y puertas, con vigas y caballetes, con techos y pisos, que fué construida por el carpintero, hábil y fuerte, que aplanó todas las tablas, tan derechas y largas, cortadas por las sierras que con zumbante sonido fueron movidas por la rueda que iba rodando, volteada por el río cuya creciente marea llevó el leño que al lado del río rodó el leñador que, como todos sabemos, manejó el hacha cuyos fuertes golpes cortaron el árbol del bosque.

— Emilie Poulsson.

EL RELOJ.

Al Maestro: —

Al principio del año escolar, quando se teme que los niños extreñen su casa, es preferible hablar de algo que divague sus pensamientos de su casa y mamá y también de las nuevas impresiones del kindergarten. Más tarde sin embargo el lugar del kindergarten debe observarse con cuidado, y los niños deben divertirse con los objetos útiles y bonitos que él contiene. Cuando los niños están preparados para esto, el asunto del reloj se debe introducir, porque de esta manera la materia importante de exactidud puede impresionarse á los niños, y esto debe hacerse tan pronto como otras consideraciones lo permitan.

LA PLÁTICA.

(Cántese uno de los cantos de reloj[1] al fin de los ejercicios matutinos, así conduciéndolos directamente al asunto.)

¿Dónde está el reloj? ¿Oís el tique taque del reloj? ¡Escuchemos! Debemos estar muy quietos, porque de otra manera no lo oiremos. ¿Que dice?

Todo el día mientras estamos cantando, jugando y trabajando, y toda la noche, mientras dormimos, el reloj continua diciendo: "tique taque, tique taque."

(Pídase á los niños que miren hacia el reloj, y que describan la muestra, las manecillas, el péndulo y la caja. El mecanismo es demasiado complicado para explicarse á los niños, aunque se interesen en ello y sean impresionados por la vista de sus muchas rueditas que se mueven.)

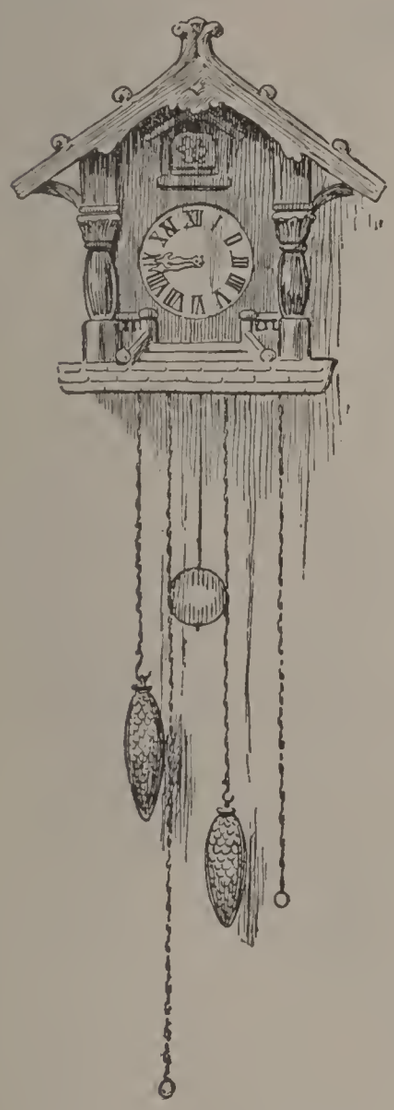
¿Habéis visto á vuestro papá ó mamá dar cuerda al reloj? ¿Porqué se le debe dar cuerda? ¿Podéis nostrarme como las ruedas se mueven? ¿Cómo se balancea el péndulo? ¿Para qué tenemos relojes?

(Que los niños den ejemplos de la utilidad del reloj.) El reloj anuncia cuando es tiempo para la mamá de levantarse y preparar

[1] *Mutter und Kose Lieder*, *Friedrich Froebel*, ó *Songs and Music of Froebel's Mother Play*, *Susan E. Blow.*

el almuerzo, y para papá de ir á su trabajo. Y anuncia á que hora los niños deben ir al kindergarten, y cuando deben volver á casa.

Todos los niños que llegaron al kindergarten á buen tiempo esta mañana deben pararse. ¿Debo yo deciros como podéis estar todos á tiempo mañana? Pedid á vuestra mamá que se sirva mirar al reloj y dejaros salir tan pronto como el reloj apunte ambas manecillas de esta manera. (Muéstrense las nueve menos cuarto usando una muestra ó un reloj viejo ó una pintura hecha en el pizarrón.) Tal vez algunas de los muchachos y muchachas grandes noten por sí mismos cuando el reloj de su casa anuncia "Es tiempo de ir al kindergarten."



¿Dónde habéis visto relojes además de los de la casa y del kindergarten? En iglesias, estaciones del ferrocarril, etc. ¿Habéis visto alguna otra cosa que anuncia el tiempo?

Antiguamente la gente no tenía relojes de mesa ni de bolsa. ¿Qué creéis que hacían entonces? Acostumbraban decir el tiempo notando la luz del sol y sus sombras. (Descríbase el reloj solar y muéstrese su pintura.)

El reloj solar no fué útil de noche ni en días tormentosos ó nublados, cuando el sol estaba oculto, de suerte que se inventaron otras maneras de medir el tiempo. (Muéstrese un reloj de arena.) Algunas veces el agua se usaba en lugar de arena (en un instrumentó llamado la clepsidra) y el tiempo se medía por las gotas de agua que caían.

Sin embargo ninguno de estos métodos era muy conveniente, y se trataba constantemente de hacer algo mejor para anunciar el tiempo; pero fué necesario pensar y estudiar y trabajar y hacer muchas experiencias, antes de tener buen éxito para hacer relojes de mesa y de bolsa tan buenos y útiles y maravillosos como estos que ahora tenemos.

El Reloj Solar.

CUENTOS.

LO QUE EL RELOJ DIJO Á DOLLY.

Dolly estaba sentada en un tapete al lado del fuego del vestíbulo muy pensativa. Dudo si habéis jamás visto un antiguo y grande vestíbulo como él en que estaba sentada Dolly, porque tales vestíbulos no se construyen en nuestros días. Este fué una parte de una grandísima casa que tenía más de cien años de haberse construido. Dolly nació allí, y la madre de Dolly y su abuela habían vivido en ella muchísimo tiempo. Habían dejado su hogar al través del mar y habían venido á este cuando la madre de Dolly era niña muy pequeña. Dolly estaba convencido que nunca había habido otra casa como esa. Y este vestíbulo era para ella un lugar delicioso. Era cuadrado y tenía un piso reluciente de roble, medio cubierto con un tapete forrado. Las paredes eran hechas de la misma clase de madera oscura, y en el rincón estaba una grande chimenéa donde los mohosos leños crujian y chisporroteaban todo el invierno, iluminando las esquinas oscuras y diciendo maravillosos cuentos del estío y de la vida en los bosques. Cerca de la chimenéa había una escalera ancha y sobre su primer descanso estaba un reloj grande, y fuera acerca de este reloj que Dolly estaba pensando tan profundamente en esa noche maravillosa.

Era un reloj muy alto — más alto que el papá del Dolly — y tenía una puerta grande de vidrio al través de la cual podía ver las pesas y el péndulo que nunca se movía. Encima de la puerta estaba la muestra redonda y siempre alegre que como pensaba Dolly tenía diferentes expresiones en diferentes tiempos. Cuando ella se comportaba bién, la muestra se sonreía con ella, pero cuando estaba enojada — y siento decirlo, pero Dolly estaba enojada á veces — miraba á ella muy tristemente. También podía simpatizar; porque Dolly decía que, cuando ella sufría, había vista las lágrimas correr por la muestra del viejo reloj. Pero como ella estaba mi-

rando al través de sus lágrimas en ese tiempo, yo no podría decir, que esto fué realmente verdad.

Pero lo más extraño acerca de este reloj fué que sonaba las horas. Tal vez vosotros no lo creéis muy extraño que un reloj dé las horas; pero cuando yo os digo que este reloj lo hizo no obstante del hecho de que sus ruedas no se habían movido por muchos años, seguramente os maravillaréis.

Además de esto tocaba á todas horas. Ninguno sabía cuando iba á tocar, y á veces tocaba hasta diez y seis veces. Dolly no podía entender esto de ninguna manera, y como ninguno se lo explicaba esto la confundía muchísimo. Esa noche estaba más confundida que cualquiera otra vez, porque al almanecer el reloj había dado las cinco, ¿y cómo había sabido el reloj que ella cumplía sus cinco años en ese día?

Ella se encogió sobre el blando tapete, pensando cerca de esto hasta que comenzó á dormirse. El chisporroteo de la madera sonaba más y más lejos; el chillido penetrante del grillo que vivía en la chimenéa se oía menos y menos.

Repentinamente una voz cascada rompió el silencio: "Dolly, Dolly," dijo.

Dolly brincó tan subitamente que el grillo asustado casi saltó en el fuego. ¿De dónde había venido la voz? Dolly miró por toda dirección hasta que sus ojos se fijaron sobre el viejo reloj, y fué muy sorprendida al ver que una nueva expresión había aparecido sobre su cara, una expresión que le decía á Dolly que era el reloj que había hablado. Y de seguro, cuando ella estaba mirándolo habló otra vez.

"¿Quieres oir un cuento, Dolly?" preguntó.

De veras nada era tan agradable para Dolly que oir un cuento, y olvidando su sorpresa en su ardiente deseo de oir lo que el reloj tenía que decir, ella respondió prontamente: "Sí, de veras, viejo reloj, ¿puedes contarme una?"

"Lo puedo," dijo el reloj. "Voy á decirte la historia de mi vida."

Dolly fué convencida que ahora el misterio sería resuelto, y se encogió más cómodamente para escuchar; también el grillo cruzando sus manos manifestó su profunda atención, el fuego mismo ardía más vivó y el reloj empezó: —

"Tal vez, Dolly, vas á entender mejor que maravilloso yo soy, si te digo, que hubo un tiempo cuando no había relojes sobre la faz de la tierra."

"¿Es verdad? ¿Es posible?" exclamó el grillo y luego se calló, pero fué evidente que él no creyó ni una jota.

"No relojes," dijo Dolly. "Oh ¿cómo entonces supieran las niñitas cuando era la hora de la escuela? ¿O la hora de comer, ó algo—?"

"Ellas tenían otras maneras para anunciar el tiempo," respondió el reloj; "uno de los primeros medios con que medían el tiempo, fué un palo—un palo derecho."

"¡Un palo!" exclamó Dolly.

"¡Un palo derecho!" murmuró el grillo; "yo sabía que el reloj estaba loco."

"A mí me enseñaron que es impolítico interrumpir," dijo el reloj.

"Por supuesto," dijo Dolly; "no diremos otra palabra ¿no es verdad, grillo?"

"Pero un palo"—gimió el grillo, sacudiendo su cabeza.

"Sí," dijo el reloj, "pruébalo por tí mismo. Sal afuera la próxima mañana cuando el sol alumbre y clava un palito en la tierra. Si es temprano, la sombra será mucho más largo que el palito, y parecerá como que se esconde del sol; como el medio día se acerca, verás que la sombra se acorta más y más, hasta que al medio día el palo parece haberla absorbido, y entonces al moverse el sol hacia el oeste, la sombra comienza á verse por el otro lado del palo hasta la noche, cuando la sombra así como el palo son ambos absorbidos por las tinieblas.

"¿No veis ahora como podéis medir el tiempo por medio de este palo y su sombra? Y esto fué lo que hizo pensar á alguien de un reloj solar."

"Un reloj solar," exclamó el grillo, quien no podía estarse quieto; "¿Qué es eso?"

"Parece como una mesa de muñecas con un pedacito de metal parándose en el centro; y sobre la mesa se muestra la sombra que produce este pedacito de metal á diferentes horas del día."

"¿Fué eso el único reloj que tuvieron?" preguntó Dolly.

"Si tu gatito hubiese vivido en esos días, le hubiesen usado como reloj," dijo él.

Evidentemente el grillo pensó que esto era un cuento tonto para fijarse en él del todo, y Dolly también parecía escandalizada; pero el reloj sabía lo que estaba diciendo y continuó: —

"Si miras á los ojos de tu gatito cuando se despierta en la mañana, verás que la parte negra en la mitad de su ojo es muy grande y redonda, pero pronto notarás que se hace más y más pequeña, hasta que al medio día es tan fina como un cabello; y después vuelve á crecer despacio, hasta que, cuando la noche llega, está tan grande y redonda como estaba por la mañana."

"Que difícil debe haber sido decir el tiempo de esa manera," dijo Dolly.

"Sí, así lo creo yo mismo," replicó el reloj, "y la gente comenzó á pensar que debían tener algo mejor sobre que confiar. De suerte que hace cerca de quinientos años que uno inventó un reloj, no tan grande ni tan hermoso como yo mismo pero uno muy simple, que no tenía péndulo ni podía tocar la horas."

"Pobre reloj," murmuró Dolly.

"Es mejor no dar las horas que darlas á mal tiempo como lo hacen algunas relojes," dijo el grillo malicioso.

"Pero era un reloj, y fué considerado como una cosa maravillosa en aquellos días," continuó el reloj, "y parece que la gente estaba muy contenta de él, porque no tenían péndulo por varios siglos."

"¿Eres tú muy viejo?" preguntó Dolly.

"Sí, soy muy viejo, deben ser más que cien años desde que mis manecillas comenzaron á moverse. Ah, este día fué un gran día para mi hacedor. Cada rueda brillante fué tan perfecta como era posible que fuese. Y mi caja tuvo una hermosa apariencia. En el día que me acabó, el relojero fué el hombre más feliz del mundo! Me examinó por todas partes con muchísimo cuidado y mi perfección le alegró muchísimo. Entonces él tomó una grande llave y me dió cuerda, tocó mi péndulo y con un tique taque, tique taque yo comencé en seguida mi vida. El pequeño relojero no me admiró mucho tiempo, porque muy pronto una vieja señora me compró y me trajo al través de la mar azul, y me colocó en este vestíbulo. Estoy muy gastado é inútil ahora, pero entonces yo fuí de grande importancia. Nada se hacía sin consultarme. Una

multitud de niños con brillantes ojos han subido y bajado las escaleras y se han encogido al lado del fuego lo mismo como tú has hecho. Los he amado á todos y trataba de mostrarles que solamente podemos ser felices y ser amados por nuestros amigos estando siempre ocupados y trabajando por otros, y haciendo bién. Ellos habrán creído que todo lo que yo decía era tique taque, tique taque, pero realmente yo siempre he dicho; tan claro como he podido: 'Haz bien, haz bien.'"

"Querido viejo reloj," murmuró Dolly, y aun el grillo volteó su cabeza y derramó una lágrima.

"Antes que yo concluya," dijo el reloj, "debo hablar de una cosa, que otros además de vosotros han notado," y el reloj miró hacia el grillo, que parecía como si quisiese hundirse en el suelo.

"Debéis saber que hace mucho tiempo mis manecillas han rehusado moverse otro minuto. Fué un día triste para mi, y algunas veces mis sentimientos tristes me agobian aún ahora, cuando pienso de mi pasado. En tales tiempos me es muy consolador tocar las horas.

"Querido viejo reloj," gritó Dolly, "puedes tocar tantas veces como te agrade, y si el grillo se atreve—"

"¡Dolly, Dolly!" la llamó Enrique.

Dolly se enderezó y frotó sus ojos. "Qué es lo que pasa?" preguntó.

"Eso es lo que yo quisiera saber. Y bién, mirad la pequeña niña, como está durmiendo en sus cumpleaños como si fuese cualquier otro día."

"¿Durmiendo? Yo no he dormido nada. El reloj ha estado platicando, el grillo, y—"

"Sin duda, crees que yo creeré eso, habiendo tirado el atizador, la pala y las tenazas sin despertarte del todo."

Dolly miró hacia el viejo reloj, pero nunca dijo nada. Su ancha cara, siempre de buen humor, brillaba sobre ella lo mismo que siempre, pero imaginaba ella que tenía una expresión astuta que parecía decir: "Estáte quieta, los muchachos no saben tanto como creen. No le hagas caso, pero recuerda todo lo que te he dicho, y trata de aprender algo de nuevo todos los días. Alégrate que hay relojes para decirte el tiempo y de recordarte de tener siempre ocupadas las manos y de 'Hacer bien, hacer bien.'"

"¡Dolly, Dolly! ¿porqué miras tanto al viejo reloj? Estoy seguro, que todavía estás media dormida."

Dolly frotó sus ojos y miró á su sonriente hermano, y después otra vez al silencioso reloj. Se alegró, que había sido amonestada de quedarse callada porque ella no se sintió inclinada para contar el todo del cuento, pero cuando ella llegó á ser una señorita acostumbraba contar á los niñitos: "Lo que el reloj había dicho á Dolly."

—MINNIE G. CLARK.

EL PÉNDULO DESCONTENTO.

Un reloj viejo que había estado por cincuento años en la cocina de una hacienda sin nunca dar causa de queja á su dueño, súbitamente se paró en una mañana de verano antes que la familia se levantase. En seguida la muestra (si puede creerse la fábula), cambió de semblante de una manera alarmante. Las manecillas en vano se esforzaron para continuar su curso, las ruedas permanecieron inmóbiles con mucha sorpresa, las pesas colgaban sin poder hablar, cada miembro se sintió dispuesto de culpar á los otros. Al fin la muestra del reloj comenzó una investigación con respecto á la causa de la interrupción, y las manecillas, ruedas y pesas á una voz protestaron su inocencia.

En ese momento un débil tique se oyó de debajo y el péndulo dijo: "Confieso yo ser la única causa de la presente interrupción, y estoy listo de dar satisfacción á todos vosotros y de explicar mis razones. La verdad es que yo estoy cansado de hacer tique taque." Oyendo esto el viejo reloj se enojó tanto que estuvo á punto de "tocar."

"¡Alambre perezoso!" exclamó la muestra, levantando sus mánecillas.

"Muy bién," replicó el péndulo, "es muy fácil para tí, Doña Muestra, quien siempre como todo el mundo sabe se pone sobre mí —es muy fácil para tí, de acusar á otro gente de pereza. Tú que no tienes nada que hacer en todos los días de tu vida sino mirar á la gente y de divertirte observando todo lo que pasa en la cocina. Pienso, te ruego, como quisieras ser encerrada para siempre en esta oscura caja y de balancearte de derecha é izquierda año tras año, como yo hago."

"¿No hay una ventanilla en tu casa por donde puedas mirar?" dijo la muestra.

"Si," replicó el péndulo, "pero sin embargo aquí no hay mucha luz, y aunque hay una ventanilla, no mi atrevo de suspender mi movimiento ni aún por un instante para mirar hacia fuera. Además de esto estoy realmente cansado de mi modo de vivir, y si quieres, voy á decirte como empecé á disgustarme de mi empleo. Calculé esta mañana cuantas veces tendría que hacer tique taque en el curso de un solo día; tal vez uno de vosotros quo estáis arriba, puede darme la suma exacta."

El minutero, siendo buen matmático, replicó: "Ochenta y seis mil cuadrocientas veces."

"Seguramente, esto es," replicó el péndulo. "Bien, apelo á todos vosotros, si la sola idea de esto no es bastante para cansar á cualquiera; y cuando comencé á multiplicar los tique taques de un día por los de meses y años, seguramente no hay que maravillarse de que yo me sintiera desalentado ante tal futuro. De manera que despues de razonar y vacilar, pensé para mí mismo: 'No iré adelante.'"

La muestra á penas pudo contener la risa durante este discurso, sin embargo con gravidad replicó: "Querido péndulo, me asombra que caballero tan útil y industrioso, como tú, se dejase vencer por tan violenta sugestión. Es verdad, que has hecho mucho trabajo en tu vida, así nosotros, y probablemente tendremos que hacer más y más; y aunque nos canse pensar de esto, la cuestión es, si nos cansará el trabajo mismo. Sirvete ahora hacer unas seis ó siete tique taques para ilustrar my argumento."

El péndulo hizo seis tique taque de su modo usual. "Ahora," dijo la muestra, "¿puedes decirme si este trabajo fué algo fatigoso ó desagradable para tí?"

"De ningun modo," replicó el péndulo, "no me quejo de seis tique taques, ni de sesenta, sino de millones."

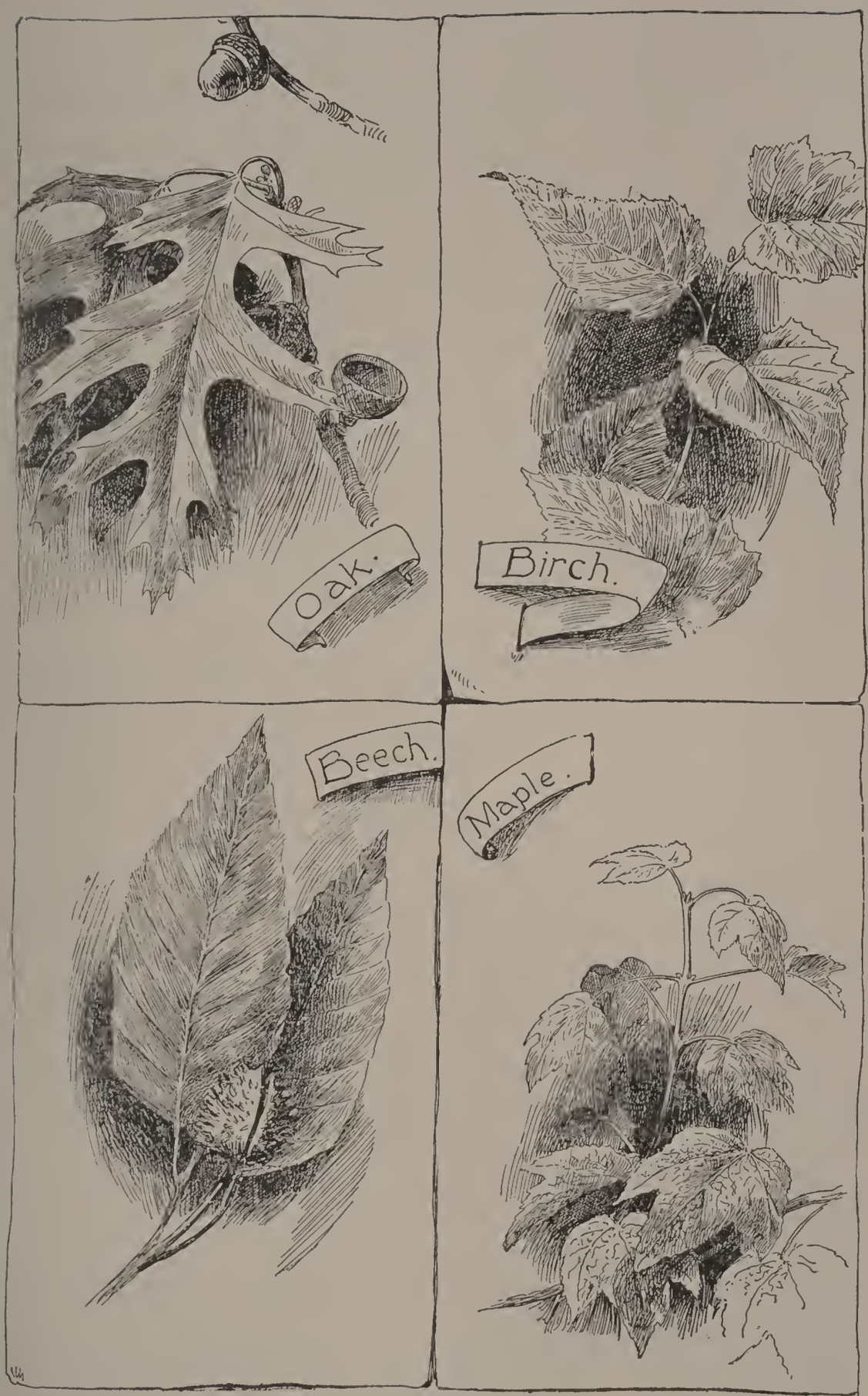
"Muy bien," respondió la muestra, "pero recuerda, que aunque pienses de millones de tique taques en un momento, no tienes más que hacer uno á la vez; y que, aunque en lo futuro tengas que balancearte muchísimas veces, siempre tendrás un momento para balancearte.

"Por eso yo espero, que todos inmediatamente volvamos á nues-

tro deber, porque las criadas no se levantarán, si permanecemos ociosos."

Después de esto las pesas que nunca habían sido acusadas de ligero proceder, usaron toda su influencia urgiéndole á continuar; y á una vez todas las ruedas comenzaron á moverse, las manecillas también empezaron á moverse y el péndulo á mecerse; un rayo rojo del sol naciente que pasó por un agujero de la cocina, iluminó la muestra como si nada hubiese pasado. Cuando el hacendado bajó para almorzar esa mañana, mirando al reloj, dijo que su reloj de bolsa se había adelantado media hora en la noche.

— JANE TAYLOR.



LAS HOJAS.

EL OTOÑO.

Al Maestro: —

Introdúzcanse en el kindergarten todos los objetos de la naturaleza que sean posibles como hojas de diferente color, flores del otoño, nidos abandonados, crisálidas, varas sin hojas, etc. Pídase á los niños que traigan durante la semana cualquiera cosa que encuentran que muestre la venida del otoño. El punto especial de esta plática es de resuscitar la memoria del verano y de contrastar el verano con el otoño. Refiérase á la primavera y al invierno incidentalmente.

La idea del otoño como el tiempo de cosecha y el tiempo de preparación para el invierno debe acentuarse por esta estación del año.

LA PLÁTICA.

¿Quién puede recordar el primer día cuando venimos al kindergarten en este año? ¿Qué podéis recordar antes de eso? ¿Por qué no tuvimos kindergarten entonces? ¿Cómo se llama el tiempo cuando hace mucho calor? Decidme algo acerca del verano. (Si los niños han visitado los parques, jardines ó patios de recreo de la ciudad, háblese de la hermosura y ventajas de tales lugares, mencionando también que es debido á la ciudad que los tenemos).

¿Algunos de vosotros habéis ido á la playa del mar? Decidme algo acerca de esto.

¿Algunos de vosotros habéis ido al campo? ¿ó á una hacienda? ¿qué estaba haciendo el hacendado? Teniendo cuidado de lo que él había plantado en la primavera — cortando la yerba, rastrillando y recogiendo el heno, azadonando el maíz y las patatas, escardando el jardín, etc. Decidme lo que algunos de los animales estaban haciendo en el verano. Los caballos del hacendado estaban

trabajando, el ganado comiendo la pastura, las ardillas, los pájaros é insectos jugando alegre en los bosques y en el campo.

(Contrástense todas las actividades del verano con las del otoño, en la hacienda y en los bosques.) ¿Es verano ahora? Veamos de cuantos indicios podemos pensar que muestren que estamos en otoño.

CUENTOS.

LOS VESTIDOS DE INVIERNO DE LOS BOTONCITOS.

El caliente verano se había ido y había venido el otoño con sus más fríos vientos, cuando un diá el nogal dijo á sus hojas: "Amarillas y bonitas hojas mias, no necesitáis más tener cuidado de los botoncitos, porque es tiempo de que ellos se pongan sus vestidos de invierno. Pero creo, que las semillas de las flores quisieran que vosotras las ayudáseis ahora. ¿Queréis decender á la tierra para ayudarlas?

"Sí," dijeron las hojas, "con gusto ayudaremos á las queridas semillitas á ser flores." De suerte que se arrojaron á la tierra y la cubrieron para que las semillitas no pudiesen helarse en su hogar de invierno en la tierra, sino que pudiesen vivir para producir plantas y flores en la primavera.

Entonces el nogal dijo: "Botoncitos, ha llegado el tiempo para que os pongáis vuestros vestidos de invierno, de suerte que podáis estar calientes todo el invierno y florear en la primavera." "Estamos listos," dijeron los botoncitos, y el árbol les dió sus capas. La parte exterior de cada capa era de goma para que el agua no penetrase. "Oh, ésta era una capa impermeable. Que chistoso fué para los botoncitos tener capas impermeables." De verdad fué extraño, pero si sabéis mirar, veréis muchas cosas extrañas.

Después que los botoncitos laterales habían recibido sus capas de invierno, el nogal dijo: "Queridos mis botoncitos de los extremos, estáis tanto más expuestos al frío que los otros botones que debéis vestiros con más ropa que ellos." De suerte que los botoncitos de los extremos se pusieron una capa después de otra hasta que hubiéseis pensado al mirar hacia ellos que eran al menos dos veces más grandes que los botoncitos de los lados, y sus capas de goma tenían que ser mucho más grandes que las de los otros.

Ví una vez un botón de los extremos del nogal que tenía doce capas sobre él.

Después de esto todos los botoncitos dijeron: "Gracias, querido nogal, por nuestros vestidos de invierno. Ahora podemos estar calientes hasta la primavera."

—JOSEPHINE JARVIS.

EL VIEJO ROBLE BONDADOSO.

Casi era el tiempo para que el invierno viniese. Los pajaritos todos se habían ido muy lejos porque tuvieron miedo del frío. No había yerba verde en los campos, y no había bonitas flores en los jardines. Muchos árboles se habían despojado de sus hojas. El invierno frío con su nieve y hielo estaba cerca. Al pie de un viejo roble algunas hermosas violetas aun estaban floreando.

"Querido viejo roble," dijeron, "el invierno vendrá pronto, y tenemos miedo de morir de frío."

"No temáis, pequeñuelas," dijo el roble, "cerrad vuestros amarillos ojos, dormid y confiad en mí. Vosotras me habéis alegrado muchas veces con vuestra hermosura. Ahora yo tendré cuidado que el invierno no os haga daño."

De suerte que las violetas cerraron sus bonitos ojos y comenzaron á dormir. Sabían que podían confiar en la bondad del viejo roble. Y el grande árbol suavemente arrojó muchísimas hojas coloradas sobre ellas hasta que todas fueran cubiertas enteramente.

El frío invierno vino, con su nieve y hielo, pero no pudo hacer daño á las violetitas. Seguras bajo las bondadosas hojas del viejo roble durmieron y soñaron felices sueños hasta que la caliente lluvia de la primavera vino y las despertó otra vez.

—"LITTLE FLOWER FOLKS."

Educational Publishing Co., Boston, Mass.

LOS HIJOS DE LA CASTAÑA.

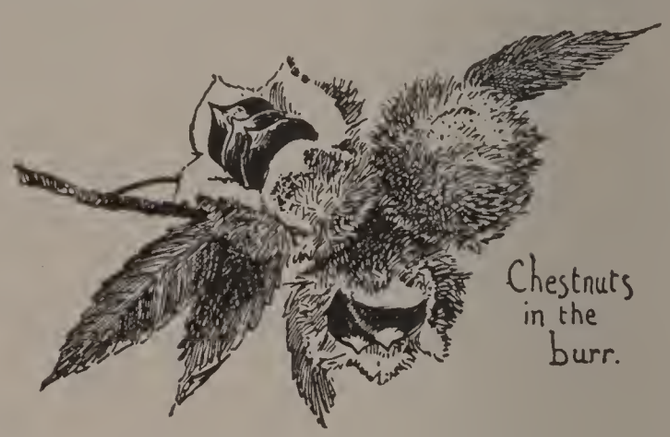
En una caliente camita, en una casita verde, Madre Naturaleza había envuelto tres niñitos para que durmiesen seguros.

La casita no fué como la en que nosotros vivimos, porque tenía

solamente un cuartito sin ventanas y la puerta estaba tan cerrada que ninguno podía entrar ó salir.

Durante muchos claros dias los niñitos estuvieron durmiendo y en todo ese tiempo estuviéron creciendo un poco más grandes así como vosotros todos estáis creciendo. Gradualmente los días se hicieron más y más fríos. Las verdes hojas se pusieron sus vestidos de otoño colorados y amarillos, y decendieron crujiendo del árbol para jugar con el viento. Entonces los niños comenzaron á moverse en sus camitas, porque el viento estaba pintando de moreno su casa verde, y él chiflaba tan alto en su trabajo que le oyeron en su sueño. Tras del Viento vino su amigo, Juan Helada, un pícaro muchachito. Suavemente tocó á la puerta de la casa y suavemente secreteó, "Salid, niñitos y jugad conmigo."

Pero Madre Naturaleza envolvió más sus niños y replicó: "No, no todavía, queridos míos, dormid un poco más."



Entonces Juan Helada se fué á jugar con las hojas coloradas y amarillas, pero pronto volvió atrás, llamando: "Salid para jugar conmigo, niñitos, salid para retosar." Y otra vez Madre Naturaleza respondió: "Todavía no, todavía no, hijitos míos."

Y otra vez vino Juan Helada y tocó muy recio á la puerta: "Salid, salid," dijo. Y los pequeños hermanos gritaron: "Oh, sí, sí, madre querida, déjanos ir á jugar con Juan Helada y el viento."

Entonces la madre se sonrió, un poco triste, y respondió: "Sí, porque sois ahora muchachos muy grandes, y es tiempo para que vayáis." De suerte que abrió la puerta de par en par, y los tres salieron. Pero vieron pronto que el mundo no era tan caliente y agradable como su casita. El Viento sopló y chifló á su rededor y los hizo temblar de frío, y Juan Helada era un compañero muy brusco aunque él pensaba ser bondadoso, y pronto se afligieron y gritaron á su mamá: "Querida Madre Naturaleza, estamos cansados, sírvete ponernos á dormir otra vez!"

Entonces la madre los cubrió donde ellos se acostaron sobre la tierra, con una pesada cubierta colorado y amarilla y morena.

En seguida oyó sus voces soñolentas llamándola: "Bondadosa madre, tenemos frío."

Entonces Madre Naturaleza envió una cubierta suave de blanca nieve, y los envolvió con ella tan cuidadosamente, que á penas tuvieron tiempo para murmurar: "Gracias, buena madre," antes que fuesen dormidos profundamente.

Y allí estarán hasta que el caliente sol y la suave brisa y la blanda lluvia los despierte en la primavera.

¿Podéis adivinar, quiénes fueran los hermanitos en su casita caliente y cómoda?

Fueron los hijos de la Castaña y su moreno capullo fué su casita.

LAS SEMILLAS.

Al Maestro: —

Esta plática contribuida por un amigo es basada sobre "Treasure Boxes" de "Stories Mother Nature Told" por Jane Andrews.

Provéanse duraznos, manzanas y otras frutas; guisantes y habas en sus vainas, granos y otras semillas.

LA PLÁTICA.

Comiéncese la plática aludiendo á las cajas. ¿Para qué sirven? Para guardar cosas en ellas. Tenemos cajas en el kindergarten. Algunas veces tenemos en casa cajas en las cuales guardamos cosas que apreciamos mucho. Cajas de Tesoro se llaman á veces. Ahora voy á enseñaros algo que posee una caja de tesoro. (Muestrese un durazno.)

¿Creéis que este durazno tiene una caja de tesoro? Sí, si el durazno pudiera hablar, os diría que ha trabajado todo el verano almacenando alimento y bebíendo la luz del sol, no solamente para crear la parte deliciosa y blanda que á vosotros gusta tanto, sino también por la vida que está en el hueso, como se llama la parte dura que está en la mitad del durazno.

(Pélese la fruta. Muéstrese el color oscuro, y como las fibras se pegan al hueso.) Este hueso es la caja de tesoro del durazno. (Pregúntese si alguno conoce lo que hay adentro del hueso. Muéstrese la dureza del hueso. Que un niño trate de abrirlo. En seguida ábrase el hueso y muéstrese la semilla.) La semilla es el tesoro del durazno.

¿Conocéis otras cajas de tesoro? Manzanas, ciruelas, semillas de flores, guisantes y havas, etc. (Pídase á los niños de traer semillas el próximo día, cuando Ud les dirá más acerca de tales cajas de tesoro.)

PARA EL SEGUNDO DÍA.

Ayer hablamos de la caja de tesoro del durazno; hoy tenemos muchas otras. (Colóquense las frutas sobre la mesa; que los niños lleguen en grupos, ó distribúyanse semillas á unos pocos niños. Examínense las frutas. Háganse preguntas. Nótense las semejanzas y diferencias. Hágase un cuidadoso estudio de las semillas comunes que los niños llevarán probablemente consigo: duraznos, ciruelas, manzanas, melones, etc.)

AL FIN DE LA SEMANA.

¿De qué hemos estado hablando esta semana? De semillas. Hemos visto cuán cuidadosamente Madre Naturaleza guarda sus cajas de tesoro y las tiene listas para usarlas en la primavera. ¿Hay alguno que ayude á la Madre Naturaleza? Sí; el hacendado y todos los recojederos de semilla. Madre Naturaleza les dice: "A no ser que vosotros recojáis y cuidéis mis semillas, no tendréis ningun durazno ó manzana y ningun maíz, habas, guisantes ó calabazas, de suerte que el hacendado guarda sus semillas, no todas, pero aquellas que necesita para plantar ó vender, porque Madre Naturaleza es tan generosa que provee muchísimas semillas.

Y ahora escuchad un pequeñisimo cuento. (Cuéntese como los hijos de un hacendado ayudaron á recoger y á guardar las semillas, y las pusieron en cajas, y costales y sobres; como el hacendado las marcó y las puso aparte en un lugar donde ellas se conservasen.)

¿No pensáis que pudiéramos poner algunas de las nuestras en costales ó en sobres para la próxima primavera? Tal vez podamos plantar algunas de ellas y verles crecer aquí.

Trataremos de hacer algo de nuestro papel de color para envolver las semillas.

CUENTOS.

CINCO GUISANTES EN UNA VAINA.

Había una vez cinco guisantes en una vaina. Eran verdes y la vaina era verde también, de suerte que creyeron que todo el mundo debía ser verde también, lo cual fué una conclusion muy natural. La vaina creció y los guisantes también; se acomodaron á su lugar y estaban sentados todos en una hilera. El sol brillaba afuera y calentó la vaina, y la lluvia la hizo clara y transparente; el tiempo era apacible durante el día y oscuro por la noche. Y los guisantes sentados allí crecieron más y más grandes y más pensativos, porque sintieron que seguramente había algo que hacer para ellos.

"¿Vamos á estar sentados aquí para siempre?" preguntó uno; "¿no nos volveremos duros por estar sentado aquí tanto tiempo? A mí me parece que hay algo afuera y estoy seguro de ello."

Y como pasaron las semanas, los guisantes se pusieron amarillos y también la vaina se puso amarilla.

"Todo el mundo está volviéndose amarillo, supongo," dijeron ellos y talvez tuvieron razón.

Repentinamente sintieron que arrancaron la vaina; fué arrancada y cogida por manos humanas, entonces puesta en una bolsa de una chaqueta en compañia con otras vainas arrancadas.

"Ahora pronto estaremos libres!" dijo uno — justamente lo que ellos querían.

"Yo quisiera saber cuál de nosotros viajerá más lejos," dijo el más pequeño de los cinco, "lo veremos pronto."

"Lo que será vendrá," dijo el más grande guisante.

"Crac," dijo la vaina cuando reventó, y los cinco guisantes rodaron á la brillante luz del sol, y cayeron en la mano de un niñito. Un muchachito los empuñaba en su mano y dijo, que eran propios guisantes para su cerbatana, é inmediatamente puso uno adentro y lo disparó.

"Ahora estoy volando en el vasto mundo," dijo el guisante; "cogedme si podéis," y desapareció en un momento.

"Yo," dijo el segundo, "voy á volar derecho al sol, ese es una vaina que se hace ver á sí misma, y me convendrá exactamente," y en seguida se marchó.

"Iremos á dormir dondequiera que nos encontremos," dijeron otros dos, "nosotros aun estaremos rodando hacia adelante," y ellos ciertamente cayeron en el suelo y rodaron de allá para acá antes que pudiesen ser puestos en la cerbatana, pero sin embargo fueron puestos adentro. "Iremos más lejos nosotros que los otros," dijeron.

"Lo que será, vendrá," exclamó el último, cuando fué arrojada fuera de la cerbatana; y hablando asi se fué contra un viejo tablón bajo de una ventana de buharda y cayó en una pequeña hendedura casi llena con moho y tierra blanda. El moho se cerró á su rededor, y allí quedó, en verdad hecho captivo pero no olvidado de Dios.

"Lo que será, vendrá," dijo á sí mismo.

En la buharda vivía una pobre mujer que salía para limpiar estufas, rajar leña en pequeñas pedazos y hacer otro trabajo duro, porque ella era fuerte é industriosa. Sin embargo fué siempre pobre, y en casa en la buharda estaba su única hija, aun todavía joven y muy delicada y débil. Durante todo un año había estado en cama, y todo el día estaba acostada tranquila y paciente, mientras su madre estaba afuera trabajando.

La primavera vino, y una mañana muy temprano el sol brilló al través de la ventanita y arrojó sus rayos sobre el piso del cuarto. En el momento en que su madre se iba al trabajo, la niña enferma fijó su mirada sobre el vidrio inferior de la ventana. "¡Madre!" exclamó ella, "¿qué es esa cosita verde que se asoma en la ventana? Se está moviendo por el viento."

"Creo que Sanaré."

La madre se paró en la ventana y la entreabrió. "Oh," dijo, "hay verdaderamente un guisantito, que ha enraizado y ya está mostrando sus verdes hojas. ¿Cómo ha podido entrar en esta hendedura? Muy bien, aquí está un jardincito para que te diviertas con él." De suerte que la cama de la niña enferma fué puesta más cerca de la ventana, para que pudiese ver la planta naciente. La madre se fué á su trabajo.

"Madre mía, creo que sanaré," dijo la niña enferma en la tarde, "el sol ha brillado aquí tan vivo y caliente hoy, y el guisantito crece tan bien, que pronto yo sanaré y saldré otra vez á la luz del sol."

"Ojalá, Dios lo quiera," dijo la madre, pero no creyó que así sería. Pero apuntaló con un palito la planta verde que había dado á su hija tal dulce esperanza de vida, de suerte que no pudiese ser quebrada por los vientos; la amarró con un cordón al dintel de la ventana y á la parte superior del marco, de suerte que las zarcillas del guisante pudiesen enredarse al rededor cuando creciera. Y creció. En verdad podía casi verse crecer de día en día.

"Seguramente aqui habrá una flor," dijo la madre una mañana, y ahora solamente comenzó á creer que su hijita enferma podría realmente sanar. Recordó que por algun tiempo ya la niña había hablado más alegre, y que durante los últimos días se había levantado en su cama por la mañana para ver con brillantes ojos á su pequeño jardín que solamente contenía un solo guisante. Una semana después, la enferma se sentó por la primera vez en la cama toda una hora, sintiéndose muy feliz al lado de la ventana en la caliente luz del sol, mientras afuera crecía la pequeña planta, y en ella una flor rojiza en todo su splendor. La jovencita suavemente se inclinó y besó sus hojas delicadas. Este día fué para ella como un día de fiesta.

"Nuestro padre celestial ha plantado este guisante, y lo hizo crecer y florecer, para traerte gozo á tí, y á mí esperanza, mi querida niña," dija la madre alegre, y se sonrió con la flor, como si fuese un ángel de Dios.

Y cuando la jovencita se paró en la ventana abierta de la buharda con los ojos brillantes y con el color rosado de la salud en sus mejillas ella cruzó sus manos delgadas sobre la flor del guisante y alabó á Dios por lo que él había hecho.

—HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

JUANITO SEMILLA DE MANZANA.

La gratitud nos prohibe olvidar los humildes servicios de Juanito Semilla de Manzana. Este nombre tan característico le fué dado por los primeros colonos al este de las sierras del Alleghany, por su costumbre de plantar semillas en los campos del desierto para que los manzanos pudiesen saludar á los colonos cuando llegasen. Su verdadero nombre fué Juan Chapman. Nació en Boston en 1775, y en edad temprana apareció en la Pensilvania del oeste. Obtuve sus semillas de los molinos de sidra de las más viejas colonias de este estado, y después atravesó el río Ohio penetrando en los más espesos desiertos. A menudo llevó las semillas sobre su propia espalda en un costal y á veces usó un caballo, pero cuando deseó llegar á las colonias en las orillas río abajo ó más al oeste, él cargó una canoa con semillas y navegó hacia ellas. No hay duda que los esfuerzos de este hombre eccéntrico pero bondadoso proporcionaron directa ó indirectamente grandes ventajas á los estados de Illinois, Indiana, y Ohio. Para sostenerse á sí mismo, él vendía pequeños árboles que había cultivado en los calientes campos del desierto. A los que no tenían dinero para comprar, daba los arbolitos. A Juanito Semilla de Manzana es debida una gran parte de la inmensa cosecha de manzanas del valle del Ohio.

El pobre Juan era jorobado y casí agoviado por los años de trabajo y cuidado y molestia, pero sin embargo su bondadoso corazón sintió la necesidad de hacer á otros algún bien. "¿Pero qué puedo hacer?" dijo el viejo Juan; "¿yo que trabajo tan duro por el pan cotidiano? Se necesita mucho dinero para hacer mucho bien. Soy demasiado pobre para hacer lo que quisiera." El anciano se sentó á pensar profundamente un rato, pronto comenzó á reirse y palmeó sus manos con alegría y se dijo: "Hay algo que hacer." Trabajó y trabajó con suma fuerza, pero ninguno conoció el plan de su mente. Tomó manzanas maduras como paga de su trabajo, quitándoles el corazón con cuidado. Cuando tenía un saco lleno de estos se marchó y ninguno le vió por muchos días. Con la mochila sobre su hombro marchaba alegre, chiflando y

cantando. Parecía que vagaba sino objeto alguno como aquél que anda sin saber que hacer; pero viajando así al través de las llanuras, se paraba de cuando en cuando y abría su costal. Con la punta de su bastón hacía agujeros y en cada agujero puso un corazón, cubriéndolo después bien y dejándolo al cuidado del sol, de la lluvia y del aire. Atrevesando la alta yerba á menudo no vió á ninguno por muchos días, oyendo sólo, cuando se acostaba, el canto del buho y el ladrito de los coyotes. A veces un indio le encontró y le acompañó, y él que tenía alimento lo dividía con el otro, como si hubiese hallado un hermano hambriento. Cuando el indio vió el contenido del costal y miró á los agujeros hechos por el hombre blanco, pensó en sí mismo que verdaderamente era un plan muy tonto el sembrar semillas para los hombres venideros. A veces encontraba una cabaña de troncos donde Juanito era segura de hallar trabajo, ganando así su pan y su carne, así como descanso cuando estaba muy fatigado. Podía contar muchos cuentos y cantar hermosos himnos con una buena voz, jugaba con los niñitos y se unía á los muchachos en sus pasatiempos. Todos le querían porque era un hombre muy bueno y á menudo le pedían que se quedase más tiempo, pero siempre él decía: "No, no puedo quedarme, porque tengo algo que hacer y debo marcharme para llevarlo á cabo." Como los muchachos le querían, á menudo le siguían por mucho tiempo y así descubrieron pronto en que este trabajo consistía, y por esto sucedió pronto que todos le llamaron: —Juanito Semilla de Manzana.

Siempre que vaciaba su costal volvía á las ciudades y trabajaba para obtener más.

Y tan pronto como tenía más corazones, volvía á las llanuras para sembrarlas en los campos y en las montañas.

La gente en las ciudades decían á menudo que el viejo estaba loco ó que era holgazán. Pero nunca Juanito se fijó en lo que ellos decían; porque sabía que lo que estaba haciendo, lo hacía para los hombres del futuro.

Sabía muy bien, que en el futuro habría árboles en la llanura donde antes ni aun un solo árbol podía encontrarse; que pronto un arbolito nacería, que en la primavera y el verano mostraría sus hojas verdes y sus flores blancas y que en otoño las manzanas se madurarían, manzanas bonitas y coloradas, por muchos años

después que él hubiese muerto. Así viajó y viajó hasta que su cuerpo fatigado no le podía sostener más y cuando llegó su último día, dijo muy alegre: "Es mucho consuelo para mi sentir que he hecho algún bien al mundo, aunque no tanto como yo quisiera."

Los viajeros fatigados que viajen hacia el este, á menudo descansan bajo la sombra de sus árboles y refrescan su sed con las dulces manzanas que crecen en estos árboles. Y si ellos preguntan de dónde vienen los árboles que crecen en estos desiertos, se les cuenta que fueran plantados por Juanito Semilla de Manzana.

EL VIENTO.

Al Maestro: —

Después de los saludos de la mañana el objeto central puede introducirse de muchos modos; tal vez dirigiendo la observación de los niños al tiempo, investigando lo que ellos notaron respecto al tiempo yendo al kindergarten; ó el asunto del viento puede presentarse fácil y naturalmente por medio de un canto respecto al viento.

LA PLÁTICA.

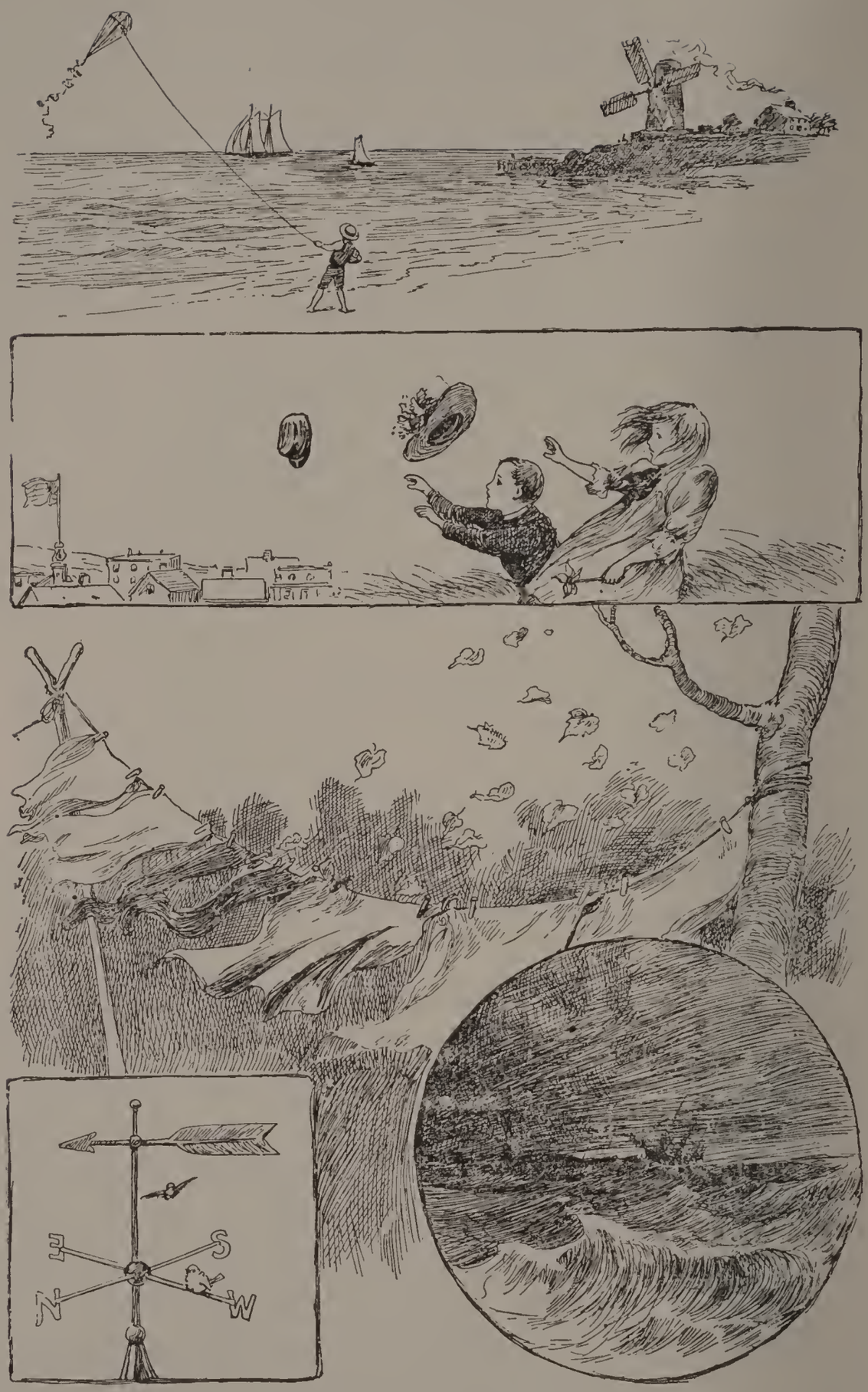
EL VIENTO COMO UNA FUERZA OCULTA.

(En esta forma la idea por supuesto es solamente para el maestro. No se debe dar más que la impresión á los niños, y esto debe hacerse conduciéndolos á que recuerden manifestaciones conocidas del poder del viento.)

¿Qué hace el viento? Juega con las hojas, prepara los árboles para el invierno, cubre la tierra con las hojas para calentar las raices y semillas, anuncia á los pajaros que el vierno llega, tumba las nueces de los altos árboles del bosque así como las manzanas, las peras y otras frutas de la huerta.

(Cuento de un niño en la huerta que ve una manzana pero que no puede alcanzarla y suplica al viento que la tumbe.)

Hablando de otras cosas que hace el viento, arrulla los pájaros en sus nidos, vuela cometas, impele navíos, seca los vestidos, ayuda al sol á secar la tierra después de la lluvia, y gira los molinos de aire que algunas veces se usan en lugar de los molinos



El Viento y su Obra.

de agua. ¿Podemos oir el viento? ¿Podemos sentir el viento? ¿Podemos ver el viento? ¿Podemos ver lo que hace el viento?

EL VIENTO SEMBRANDO SEMILLAS.

(Recuérdense algunas de la pláticas precedentes sobre semillas. Que los niños digan qué semillas deben ser plantadas; semilla de maíz, para que tengamos maíz; semillas de trigo, para que tengamos trigo; semillas de flores para que tengamos flores, etc., etc.)

¿Qué ha estado haciendo últimamente el hacendado? Recogiendo las semillas de la hacienda y del jardín para sembrar en la primavera ¿Qué bonita flor amarilla vemos en la yerba en la primavera? ¿Tiene semillas el diente de león? ¿la marguerita? ¿el roble? ¿Va á todas partes el hacendado para recoger tales semillas? Pero siempre tenemos dientes de león y margueritas. In consequencia deben haber sido plantadas. ¿Quien hace esto? Alguien que trabaja y juega aunque nunca le vemos. Sí, el viento siembra tales semillas — las sopla de las plantas, las lleva por todas partes, las tumba, sopla polvo y hojas sobre ellas hasta que se cubran y puedan enraizar más tarde, y nascan en la primavera como lo hacen las otras semillas.

LO QUE TRAEN LOS VIENTOS.

Contrástese entre leves brisas y vientos borrascosos y turbulentos. Nótese también como á veces el viento azota á una ventana, á veces á otra — esto es porque él viene de diferentes direcciones. El viento del norte viene de los países fríos, nos dice que recordemos "Agunac," trae nieve y hielo, es amigo de Juanito Helada. El viento del sur viene de los países calientes, secretea del estío, viene de la misma tierra como las naranjas y plátanos, trae consigo calor. El viento del este viene del océano, trae humedad, bruma y lluvia. El viento del oeste, el mejor viento, trae tiempo brillante y claro.

La veleta nos dice de qué lado el viento sopla. Cuéntese el anécdota del niño y de la veleta. El niño iba á un día de campo.

El tiempo estaba nublado, pero pronto la veleta se volteó, mostrando que el viento había cambiado, anunciando así buen tiempo. El niño fué alegre y dió gracias á la veleta. El juego de Froebel: La Veleta.

Hay un favorito refrán acerca del viento, á saber: —

Por dondequiera que sopla el viento
Hay alguno que de ello se alegra.
Ya sople al oeste, ya sople al este
El viento que sopla, siempre es el mejor.

CUENTOS.

CÓMO EL VIENTO DEL OESTE AYUDÓ Á DIENTE DE LEÓN.

Había una vez un Diente de León que creció en la yerba afuera de una valla de jardín. Las hojas de la planta eran gruesas y verdes y su flor era muy doble y redonda y de un amarillo brillante.

El Diente de León era casi siempre tan dichoso como una reina, aunque no por causa de la corona de oro, oh, no. No es la corona lo que hace á la reina dichosa, si así pensáis. Pero el Diente de León era dichoso por vivir en un mundo hermoso y por tener amigos tan queridos y dichoso por su trabajo y su juego.

¿Quiénes eran sus amigos? ¡Oh, los rayos que decendían del sol brillante y calentaban al pequeño Diente de León, y volvían más verdes sus hojas y más brillante su amarilla flor; y las gotas de lluvia que volcaron sus pequeños cuerpos plateadas sobre él, como si estuvieran muy furiosas á veces, pero solamente intentaban jugar con él! Le traían toda el agua que necesitaba para beber y bañarse, y el Diente de León las echó de menos muchísimo cuando ellas no venían por mucho tiempo. Los borrascosos vientos también fueron sus amigos. El Diente de León les tenía un poco de miedo, á decir verdad, y los quería más, cuando eran leves y apacibles, ó cuando enviaban su mensageras, las pequeñas brisas.

El Diente de León también tenía amigos de otra clase: pequeñas creaturas hechas de música, moción y plumas — nosotros los llamamos pájaros.

Los insectos también le visitaban — mariposas tan amarillas como su flor, cigarrones tan verdes como sus hojas, abejas yendo al mercado por miel y polen, hormigas corriendo ágiles sobre sus seis delgadas piernas, y muchos, muchos otros, hasta las muy pequeñitas manchitas negras, que parecen demasiado pequeñas para tener vida y que sin embargo eran tan llenas de vida como sus vecinos más grandes.

Además de todos estos amigos, Diente de León tenía algunas amigas entre las flores; los tréboles que vivían cerca de él al lado del camino y las flores de jardín que vivían al otro lado de la valla. Los vecinos más cercanos eran las campanillas que se habían trepado sobre la valla y eran tan amigas como es posible serlo.

El Diente de León jugaba con todos su diferentes amigos y trabajaba para crecer y hacer semillas — tantas semillas como él pudiese.

Como los largos días brillantes pasaban, el Diente de León trabajaba fielmente de manera tranquila y oculta de una flor. Al fin sus semillas se formaron. En lugar de la corona de oro de una flor que había llevado, su tallo llevaba una hermosa bola de gaza plateada. Las pequeñas semillitas estaban en esta bola y debían madurarse pronto.

Un día el Diente de León vió á dos niños Max y Anita, andando en el jardín muy ocupados. Cuando llegaron á las campanillas, pudieron oir que iban platicando: "¿Dónde está la caja para las semillas de campanilla, Max?" gritó la niñita. "Veo muchísimos maduras."

"Aquí está," respondió Max, que había buscado en el canasto que él llevaba.

"Tenemos que recoger muchísimas semillas de Campanilla porque como tú sabes queremos plantarlas á lo largo de la valla el próximo año, y vamos á mandar también algunas á la prima Francisca."

"Sí, y entonces ella tendrá la misma clase de flores allá como nosotros tenemos aquí," dijo Anita, buscando entre las flores y hojas de las campanillas para encontrar las semillas gordas. Pronto recogieron todas las que habían madurado y ella y Max se volvieron al camino del jardín y después á su casa. El Diente de León ponderó lo que él había oído. ¿Semillas? De veras el Diente de León tenía semillas también como la campanilla. Probablemente Max y Anita vendrían por sus semillas. Pronto estarían listas — en pocos días seguramente.

Estos pocos días pasaron pronto. Cada mañana Max y Anita salieron con sus canastos y cajitas y fueron al jardín, para recoger sus semillas. Pero, ¡ay! las esperanzas del Diente de León nunca

se cumplieron. Nunca miraron á él, ni aun pensaron de sus semillas, aunque les gustaba el Diente de León también como á otros niños.

El pobre Diente de León se sintió muy ofendido. ¿Porqué Max y Anita no querían sus semillas para sembrarlas el año proximo ó para enviarlas á la prima Francisca? ¿Quién recogería sus semillas? Había probado tanto y trabajado tan fielmente, y arreglado sus semillas tan hermosamente, que no podía creer que esto hubiese sido enteramente inútil.

¡Escucha! "Alégrate, alégrate," cantó un pájaro en la huerta, y una leve brisa, al pasarle, le secreteó: "¡Espera, oh, espera!"

"¿Ah, pero qué sucederá á mis semillas? Ninguna las recogerá y todas se perderán."

La brisa pasó y en seguida llegó un soplo de viento más fuerte.

"Viene el Viento del Oeste," pensó el Diente de León, temblando un poco; y en este momento le oyó llamar.

"¡He, Diente de León! ¿Tienes demasiado calor? Te abanicaré. ¿Estás demasiado mojado? voy á ayudarte á sacudir las pesadas gotas de tus hojas y flores."

"No," dijo el Diente de León, "mis hojas no están muy mojadas, ni mi corazón muy tostado de calor; pero mis semillas, mis preciosas semillas van á perderse todas. Ninguno las recogerá."

"¡He, hola!" se rió el Viento del Oeste, ruidosamente pero con bondad: "¿Qué debe hacerse de tus semillas?"

"Desearía que fuesen plantadas el próximo año," dijo el Diente de León, "algunas aquí, otras muy lejos, lo mismo que se hará con las semillas del jardín."

"He, hola," se rió otra vez el Viento del Oeste, muy ruidosamente pero con bondad como antes. "Eso es muy fácil de hacer. En efecto, lo haré. Es una de las cosas que tenía que hacer esta mañana, si tus semillas estuviesen maduras."

"¿Y has traído una cajita contigo?" preguntó el Diente de León.

"No," replicó el viento. "No obro yo como los niños. Siembro las semillas al mismo tiempo que las recojo, y también las cubro, para que estén listas á despertarse y crecer en los primeros días de la primavera."

"Oh, gracias, buen viento," dijo el Diente de León. "¡Qué buen amigo eres tu!"

"Es una parte de nuestro trabajo," dijo el Viento del Oeste. "Mis hermanos y yo tenemos muchas semillas que sembrar en todos los bosques y campos de todo el mundo. Pero no debo hablar más. Listo, uno, dos, tres," y sopló.

El Diente de León oyó un alegre chiflido y sintió un violento y fuerte ventarrón. En el mismo instante todas sus semillas volaron. En lugar de la blanca bola plumosa no había sino un botoncito pelado.

"Oh," dijo el Diente de León, muy pasmado, "¡Qué pronto se hizo eso!"

Él miró á su rededor. Aquí y allá sobre la yerba vió algunas de sus semillas, y después, mirando más lejos, pudo ver otras girando y bailando por el aire, y llevadas por el Viento del Oeste, el bondadoso sembrador de semillas.

Las plumitas de seda que llevaba cada semilla y que habían formado la gaza plateada de su bola, facilitaron al viento llevar las semillas tan lejos como el Diente de León quería; algunas también permanecieron para crecer al lado del camino, donde él mismo siempre había vivido.

El Diente de León estaba muy alegre. El pájaro de la huerta cantó otra vez su "Alégrate, alégrate," y una ligera brisa que siguió al Viento de Oeste, secreteó como antes: "Espera, oh, espera."

"Sí," dijo el Diente de León, "no había necesitad de inquietarme. Pero ¿quién hubiera pensado que el potente Viento del Oeste tomaría cuidado de las semillas de un pobre Diente de León?"

— Emilie Poulsson.

ODISEO Y EL COSTAL DE LOS VIENTOS.

El famoso Odiseo iba atravesando el mar para volver á su hogar, en la peñascosa Itaca, cuando llegó á la isla de Eolia. Muchos años había migrado, por mar y tierra, después de haber dejado su propia hermosa tierra, y se alegró muchísimo al ver esta hospitable playa. Aquí vivía el gran rey de los vientos — Eolo — quien podía enviar suaves céfiros murmurando al través del mar, y quien podía apaciguar las furiosas tempestades cuando jugaban bruscamente con las olas. De veras el poderoso Odiseo y sus compañeros tenían que alegrarse al venir á la maravillosa isla flotante del rey Eolo, porque allí eran tratados con bondad, después de sus trabajos y molestias, y cuando el tiempo había llegado para continuar su viaje, Eolo puso en su bote regalos y provisiones de toda clase.

Uno de estos regalos era muy extraño en su apariencia — un enorme costal, tan grande como un toro, en efecto era hecho de la piel de un toro, amarrado con un cordel de plata brillante. Éste Eolo colocó cuidadosemente en el bote, y tomando á parte Odiseo le dijo, que en el costal había encerrado los vientos tempestuosos, de suerte que ninguna tempestad disturbaría la quietud del océano, apartando el pequeño bote de su curso. Sin embargo, si Odiseo necesitase por algun tiempo un poderoso soplo para llevar el bote rápidamente fuera de una costa peligrosa ó de algún enemigo, él debía abrir el costal con mucha precaución, y dejando salir solamente el viento que deseara, debía cerrarlo otra vez amarrándolo con el cordón de plata. Cuando Eolo se había despedido de Odiseo y su tripulación, envió un suave Viento de Oeste tras de ellos para llevarlos seguramente en su camino.

De día en día navegaron sobre el océano brillante, la suave brisa los empujó hacia delante, mientras Odiseo manejaba la vela y velaba de día y de noche. A los diez días Odiseo estaba durmiendo en el bote, descansando de sus trabajos, cuando los marineros comenzaron hablar del misterioso costal. "Debe estar lleno de tesoros," dijeron, "¿y por qué no hemos de tener nuestra parte?"

Hablando así tan tontamente decidieron abrir el costal. Aflojaron el cordel de plata, y no necesitaron hacer más, porque los borrascosos vientos al momento salieron, y al instante convertieron las tranquilas olas en espuma y arrojaron el bote muy lejos de su

curso. El timonero no pude hacer nada, porque el bote no obedeció más al timón, y aun Odiseo, despertado por el ruido, no pudo hacer nada contra estos vientos rugientes y borrascosos, que lanzaban el pequeño bote de aquí para allá á su voluntad.

Al fin Odiseo y su tripulación, apartados muy lejos de su país natal, vieron la tierra otra vez. Los tontos marineros se alegraron muchísimo de poder arrimar el bote á la playa; y en seguridad una vez más encendieron el fuego y prepararon una buena comida.

Pasaron muchos días y muchos años antes que Odiseo llegase á su país. Tuvo muchas aventuras después de esto, pero cuando finalmente moró en paz en el hogar de donde él había estado absente por tanto tiempo, le gustaba siempre decir la historia del costal de vientos dado á él por el rey Eolo, y del desastre ocasionado por la tonta curiosidad de sus marineros.

EL VIENTO DEL NORTE Y SU JUEGO.

(Cuento Aleman.)

En los tiempos de antaño en una cueva debajo de una loma, vivían Eolo y sus cuatro hijos: El Viento del Norte, el Viento del Sur, el Viento del Este y el Viento del Oeste.

Un día el viento del Norte dijo á su padre: "¿Puedo salir para jugar?"

"Oh, sí," dijo su padre, "si no te dilatas demasiado."

En seguida se fué el Viento del Norte con un alegre exclamación cerrando la puerta con violencia.

Como el corrió á lo largo del camino vió en la huerta un hermoso árbol sobre el cual había manzanas verdes.

"Oh, ven y juega conmigo," dijo el Viento del Norte; "ven y juega conmigo."

"Oh, no," dijo el árbol, "debo estarme quieto y ayudar á mis manzanas á crecer, de otro modo no crecerán grandes y redondas y coloradas para el otoño cuando los niños las quieren. Oh, no, viento del Norte, yo no puedo ir."

"Puff," dijo el viento del Norte — y todas las manzanas cayeron

al suelo. La próxima cosa que vió el Viento del Norte, fué un hermoso campo de maíz.

"Oh, ven y juega conmigo, oh, ven y juega conmigo," dijo el Viento del Norte.

"No, no," dijo el maíz; "debo estarme quieto y crecer. Si pudieras ver debajo de esta hermosa seda verde, verías algunas pequeñas almendras. Estas deben crecer muy grandes y amarillas para ser molidas y hacer almendrado para los niños. Por esta razón no puedo salir."

Entonces el viento suspiró, "Ah-ha-a-a," y el maíz se acostó.

Siguiendo su carrera el viento del Norte vió un lirio creciendo debajo de una ventana.

"Oh, amable lirio, ven y juega conmigo," dijo el viento del Norte.

"No puedo," dijo el lirio dulcemente; "debo permanecer aquí, porque la niñita del hacendado no está bien, y yo soy su amigo y todas las mañanas viene y se sonrie conmigo, y yo me sonrio con ella. Estoy seguro que me extrañería muchísimo, si yo me fuera, de suerte que debo estarme aquí, querido Viento del Norte."

El Viento del Norte lo tocó muy suavemente, pero él colgó su cabeza y nunca más la levantó otra vez.

En este tiempo el hacendado se fué á trabajar, y cuando vió el maíz y el manzano, dijo: "Ah, el Viento del Norte ha estado aquí." Pero cuando él volvió á su casa, su niñita le habló acerco del lirio, y el hacendado dijo: "Yo iré en seguida á ver á Eolo y le diré todo acerca de esto."

En seguida se fué y dijo: "Buenos días, Señor Eolo; vuestro hijo, el Viento de Norte, ha estado en mi hacienda y ha tumbado las manzanas de los árboles y el maíz está tumbado sobre la tierra, pero peor que todo esto, ha herido el lirio de mi hijita."

"Ah," dijo Eolo, "lo siento muchísimo. Hablaré al Viento del Norte cuando vuelva." Y entonces el hacendado se volvió á su casa.

Más tarde el viento del Norte volvió.

"Hijo mío," dijo Eolo, "el hacendado ha estado aquí y me ha dicho todo el daño que tú le has hecho." Y entonces el padre dijo al Viento del Norte la historia de las manzanas, del maíz y del lirio. "Oh, bién," dijo el Viento del Norte, "reconozco que lo

hice, pero no lo hice con intención. Sólo quise divertirme un poco con el manzano, pero cuando dije 'puf-f,' todas las manzanas se cayeron, y fué lo mismo con el maíz; se acostó antes que yo supiera que lo había herido. Con respecto al lirio, fué la cosa más hermosa que jamás he visto, padre. Solamente lo besé al pasar junto de él."

"Creo que lo que me dices es verdad, hijo mío, pero si no puedes evitar tu rudeza y brusquedad, cuando juegas, debes salir solamente cuando el hacendado ha juntado las manzanas y el maíz, y cuando las flores han sido llevadas á la casa. Cuando la nieve está sobre la tierra, Juan Helada y tú podéis divertiros como bien os parezca."

— Harriet Ryan.

LAS PALOMAS.

Al Maestro: —

En el libro maravilloso de Audubon, "Los Pájaros de América,"[1] se encuentran descripciones de todas las palomas y pichones conocidos. Una gran parte de estas descripciones no nos interesa aquí, pero he recogido algunos hechos que no serán demasiado familiares para todos.

Las palomas casi invariablemente construyen un nido suelto y expuesto del cual ellas y los huevos á menudo se caen. Muchos pichones hacen sus nidos en el mismo árbol, mientras no lo hacen las palomas. Esto parece ser la única diferencia que se nota entre los pichones y las palomas.

Algunas palomas se encontran solamente en los trópicos. La paloma llamada Carolina se encuentra desde la Luisiana hasta la medianía del Estado de Massachusetts, mientras las palomas correos viven en todas partes de los Estados Unidos, exceptuando la parte extrema de la Florida, y se conocen también en la Terranova. La velocidad media de la paloma correo es una milla por minuto; é igualmente tiene un poder remarcable para ver, percibiendo por ejemplo su alimento desde inmensas distancias.

De cincuenta á cien nidos á menudo se encuentran en un árbol. Audubon dice que la constancia y devoción para su compañero y sus polluelos no son excedidas por ninguna otra creatura, de suerte que rectamente podemos tomar esta hermosa ave como el emblema del amor y de la dulzura.

LA PLÁTICA.

(Puntos de conexión entre este asunto y los precedentes — semillas y viento — se sugerirán fácilmente por sí mismo. El hacendado ha recogido las semillas de la hacienda y del jardín; el viento las ha tomado de los árboles y plantas y otros lugares. El tiempo frío viene y por esto la mayor parte de los pájaros tienen que emigrar á paises mas calientes, donde ellos pueden encontrar bastante alimento.)

[1] *Birds of America*, by John James Audubon.

¿Han visto los niños unos pájaros últimamente? — canarios, gorriones y pichones.

¿Dónde viven las palomas? Las silvestres en los bosques; edifican nidos muy flojos (muéstrese con las manos), las domesticadas en una casa de paloma encima del pajar, algunas veces también sobre un palo en el patio de la hacienda.

Las palomas ponen dos huevos blancos. Pueden volar muy lejos y muy rápidamente, una milla por minuto.

¿Como duermen? Sobre una rama, si son silvestres, sobre palos, en el palomar, si son domesticadas. ¿Porqué no se caen cuando duermen? Sus dedos se agarran firmemente. Véase cuántos dedos tienen al frente; cuántos de tras.

Obsérvense los pichones en la calle, ó pregúntese al padre ó á la madre acerca de ellos. (Juéguese el juego del Palomar y háblese sobre él.) Cuando soltamos los pichones ¿á dónde pensáis que volarán? ¿Dónde el canto dice que volarán? ¿Encontrarán algo que comer? Sí, lo que el hacendado no ha juntado, y lo que el viento ha aventado y no ha cubierto — especialmente granos.

¿Qué pensáis que platican cuando vuelven á su casa otra vez? (Trátese de dar á los niños la idea de impartir las experiencias.) ¿Qué dice el pichon? "Cuu, cuu." ¿Hace mucho ruido? ¿No, es suave y dulce siempre? ¿Nos gusta oir los pichones? ¿Nos gusta oir á la gente hablando suavemente?

Cuandoquiera que veamos los pichones ó que juguemos "El Palomar," recordemos cuán suaves y cariñosas son estas pequeñas aves.

El Palomar.

CUENTOS.

LA PALOMA COLA DE MILANO.

"Yo no sé porque no soy sabia," dijo tristemente la pequeña paloma cola de milano. "A mí me parece que yo no soy útil para ninguna cosa. Las gallenas ponen huevos para el almuerzo de nuestras amas; las vacas dan leche para beber y hacer mantequilla y queso, el pavo será engordado para el día de Navidad, como dice, y será servido en un grande plato, con una sarta de salchichas á su rededor; éste será un gran día. Los puercos darán su carne, pero yo soy buena para nada. El zorzal y la merla pueden cantar hermosamente; y la lechuza es más sabia que todas las otras aves. Yo no puedo cantar y no soy del todo sabia. Nuestro gato coge las ratas y los ratones, y Asafrán, el perro, cuida la casa. Pero yo no puedo coger ratas ni ratones ¿y cómo pudiera una paloma cuidar una casa?"

¡Pobre pequeña palomita! ¿Qué debía hacer? Estoy seguro que la compadecéis. Es muy triste no poder ser útil en el mundo.

"Iré á la lechuza," dijo ella. "Es la más sabia de todas las aves. Tal vez ella me enseñará cómo ser útil."

La lechuza vivía en el hueco de un árbol de tras del patio de la hacienda. Todo el día se paraba en su árbol parpadeando porque la luz del sol hería sus ojos. Era porque era tan sabia, como decían los otros pájaros. Pero cuando el sol se ponía y el mundo se oscurecía, la lechuza salía del hueco de su árbol y volaba por donde quería. Tenía el pico curvo y los ojos grandes y redondos. Miraba muy solemne y severamente como era propio para el más sabio de los pájaros.

La blanca paloma voló hacia el hueco del árbol y inclinó su cabeza humildemente delante de la lechuza. El viejo pájaro sabio parpadeó dos veces, pero no dijo nada, porque sus palabras eran de tanto valor.

"¿Me permitís, Señora," dijo la paloma, "que yo os hable?"

La lechuza parpadeó otra vez, y esto, si no quiere decir, "sí," de ninguna manera quiere decir "no." En consecuencia la paloma continuó: "Señora, vos sois muy sabia, y yo soy muy ignorante. Soy muy infeliz porque no sé nada y no sirvo para algo. ¿Servios, Señora, ayudarme?"

La lechuza no dijo nada absolutamente por mucho tiempo. La blanca paloma se paró en una rama y esperó. Se dijo á sí misma: "Ella se dilata en responder, pero es seguramente porque es tan bondadosa que piensa muchísimo acerca de algo para ayudarme."

De suerte que esperó pacientemente, mucho tiempo después que Jeggo dió de cenar á todos los pájaros de la hacienda.

Entonces el sol se puso, y la lechuza abrió sus grandes ojos redondos, y miró á la pequeña paloma.

"Ahora," dijo ella, "va á hablarme," y su corazón palpitó alegre con esperanza y excitación.

"Yo soy sabia," dijo la lechuza, "y tú eres ignorante." Entonces esperó tanto que la palomita se atrevió de recordarle que estaba hablando. "Sí, Señora," dijo ella, "¿pero qué debo hacer?"

"Haz lo que puedas bajo las circunstancias," dijo la lechuza, y extendiendo sus grandes alas blancas y morenas, voló en el oscura espacio, gritando: "Tuui tu-u-u."

"Ciertamente tiene mucha sabiduría," dijo la palomita blanca, "pero no sé, para que sirve, si retiene para sí misma todo lo que sabe. Yo quiero saber como debo obrar bajo las circunstancias." Y volvió á su casa más triste que nunca.

El próximo día la palomita blanca todavía fué muy triste, y en lugar de bajar como acostumbraba, cuando su ama venía al patio, se escondió en una esquina y colgó su cabeza. Por esto su ama se fué, triste y ansiosa, porque creyó que una de sus palomitas se había perdido.

En el patio había un viejo ánade macho muy bondadoso quien velaba sobre todos los animales de su patio. Sabía que la palomita blanca era infeliz y se resolvió saber que era lo que tenía, y de ayudarla si pudiese. Fué un pájaro viejo y muy hábil, y había visto muchísimo en este mundo porque tenía casi tres años de edad.

Envió un mensaje á la palomita diciéndole que quería verla y ella fué al momento, porque ninguno jamás pensó desobedecer al viejo ánade.

"¿Qué te pasa, querida palomita?" dijo bondadosamente. "El sol alumbra, los guisantes y el maíz abundan, y no mudas, sin embargo por tres días no has hecho otra cosa que abatirte y parecer triste. Díme ahora, qué te pasa."

"Yo soy inútil en este mundo," dijo la palomita tristemente. "Todos los otros pájaros y animales sirven para algo, pero yo no sirvo para nada."

"Tonta paloma," dijo el viejo ánade. "¿Como puedes decir, que no eres útil para nada? Todo lo que es hecho es y debe ser útil para algo en el mundo. Algunos son fuertes y pueden hacer mucho trabajo, como el caballo que arrastra un pesado carro. Algunos tienen el don de enseñar á otros, y por esto son útiles. Otros tienen hermosas voces para cantar, y otros también hermosas plumas para mostrarlas. Es verdad que el pavo es bueno para comer y que la gallina puede poner huevos; es verdad que la lechuza es sabia y la merla puede cantar; ¿pero cuál de ellos tiene tan bonita cola blanca y tan bonitos pies rojizos como tú?"

"Había olvidado enteramente mi cola," dijo la palomita.

"Eso es," dijo el ánade viejo. "Has olvidado lo que tienes, afligiéndote por lo que no tienes. De veras, aun has descuidado tu don, dejando que tu bonita cola blanca se ensuciase y se arrugase. Por esto sucedió que nuestra ama se fué triste esta mañana porque su pequeña palomita no fué á saludarla. Vuelve á casa, palomita, y no te aflijas más; haz lo mejor que puedas bajo las circunstancias, y no te aflijas por las cosas que no puedes hacer."

Entonces la palomita dió gracias al viejo ánade por su buen consejo. Volvió á casa, y aseó sus plumas y á penas debo deciros que el próximo día la ama no buscó en vano su bonita palomita blanca.

— MARY DENDY.

Lesson Stories, The Sunday School Association. London.

EL PICHÓN Y LA HORMIGA.

La hormiga, impelida por la sed, fué á beber en un claro arroyuelo cristalino, pero la corriente con su remolino la cogió y se la llevó río abajo. Un pichón compadeciendo su desgracia, arrancó una rama de un árbol y la dejó caer en el agua, por cuyo medio la hormiga se salvó y llegó á la orilla.

Poco tiempo después un pajarero deseando coger el pichón, extendió sus redes sin que el pichón notase el peligro. La hormiga percibiéndolo le mordió el talon en el momento que iba á realizar su designio, y le hizo estremecerse tan violentamente que el pichón lo notó y se fué volando.

UNA HISTORIA VERDADERA DE UNA PALOMA.

Un caballero tenía dos pares de palomas en palomares colocados uno al lado del otro. En cada familia de palomas había el padre y la madre y dos polluelos. Un día los padres en uno de los palomares se fueron á traer alimento, y mientras ellos se fueron, uno de sus palomitas se cayó del palomar en el suelo. La pobre palomita no se lastimó mucho por raro que parezca, pero no pudo volver, porque era demasiado joven para volar.

Pero los padres en el otro palomar estaban en casa cuando esto sucedió y parecía como si se dijesen entre sí: Uno de nuestros niños podría caerse de la misma manera. Debemos hacer algo para hacer más seguro el palomar. Entonces estos sabios padres comenzaron á trabajar. Ellos volaron de aquí para allá hasta que encontraron algunos palitos. Los llevaron á su propio palomar, y en la entrada de la puerta construyeron una ingeniosa valla de palitos. No tan alta que los pichoncitos no pudiesen ver sobre ella, pero bastante alta para evitar que se cayesen del palomar como el polluelo de los vecinos. El dueño de las palomas que había visto caer el pichón y le había puesto en el palomar otra vez, observó las palomas todo el tiempo que estaban cogiendo los palitos y construyeron la vallita al través de la puerta. Esta es una historia verdadera y se cuenta frecuentemente á algunos niños en Boston por una señora que conoce al dueño de estas mismas palomas.

—M. P.

EL PANADERO.

Al Maestro :—

Froebel creyó que el juego de "Amasar el pan" y otros semejantes se originaron porque la gente tuvo la impresión que el desarrollo de la inclinación de los niños para la actividad, y su ansiedad de obtener el uso de sus miembros debería llevarse á cabo de tal modo que el niño fuese elevado á la complexidad de su vida exterior. Así en el juego "Amasar el pan" en lugar de la simple relación entre la necesidad y la provisión entre el niño y la madre — necesitando alimento el niño y dándolo la madre — debe mostrarse al niño otro "eslabón de la gran cadena de la conexión interior de la vida" en el panadero que coce el pan y bollo que la madre da á su niño.

"Siempre que una oportunidad ocura," dice Froebel, "hágase esta conexión de la vida, visible, impresiva, tangible y perceptible á su niño, aunque sea solamente por algunos de estos eslabones de esta gran cadena, hasta que llegue al último eslabón, que agarra los demas — el amor paterno de Dios para todos."

Siendo el alimento de una necesidad primaria, el panadero, el molinero y el hacendado, siendo los provedores del alimento, son entre los primeros de los trabajadores del mundo, que el kindergarten trae á la vista del niño.

LA PLÁTICA.

Hay algunos de los niños que tienen nenes queridos en su casa. ¿Qué juega el nene? ¿Juega el nene á Amasar el pan? ¿Lo jugaremos?

(Después de jugar este juego de los nenes[1] enséñese á los niños el juego del kindergarten del mismo nombre, que es en efecto solamente una extensión de la misma idea y principio.)

Recuérdese un poco de la plática con los niños acerca de los

[1] *Mutter und Kose Lieder, Friedrich Froebel,* ó *Songs and Music of Froebel's Mother Play, Susan E. Blow.*

El Panadero.

pichones y háblese especialmente acerca del alimento. El punto que debe acentuarse es que el alimento de las palomas está siempre listo, mientras el alimento de los niños y el nuestro debe generalmente ser preparado.

A los pichones les gusta el grano de trigo. ¿Os gustan á vosotros los granos de trigo? Decid algunas cosas que nos gusta comer: Carne, patatas, pan, etc. ¿De dónde viene el pan? Del panadero. ¿Dónde el panadero obtiene su harina? Del molinero. ¿Dónde el molinero obtiene el trigo para moler? Del hacendado. Así la historia del pan es una historia muy larga, ¿no es verdad? Habla de muchos trabajadores.

A veces la madre hace el pan en lugar de comprarlo al panadero. ¿Han algunos de los niños visto á sus madres hacer pan? ¿Quién puede decirnos cómo lo hace y qué ingredientes usa?

¿En qué clase de horno coce el pan ella? ¿Han estado los niños en la tienda del panadero? ¿Qué hace el panadero? ¿Qué clase de horno tiene él? Uno muy grande; tan grande como un pequeño cuarto (de ocho por diez pies). Usa una pala grande con un largo mango para poner las tortas de pan en el horno, ó para sacarlas. El panadero usa también una artesa grande para amasar el pan en lugar de una tortera; una larga mesa lisa en lugar de una tabla de pan, un rodillo, etc., etc.

El panadero debe encender el horno y calentarlo antes que el pan se puede cocer.

(Háblese un poco acerca de la utilidad del fuego; y si parece conveniente, más eslabones de la cadena de conexión pueden ser enseñados, mencionando al leñador y al minero cuyo trabajo prepara la leña y el carbón para cocer el pan.)

CUENTOS.

LA TORTITA DE SARA.

La pequeña Sara estaba cerca de la cama de su abuela, y dijo: "¿Qué debo hacerte para el almuerzo?" "Me harás una tortita, pronto ve y hazlo. Amásalo en un minuto y cocelo en dos minutos." Por esto Sara fué al aparador para ver si aun había harina en el barril. Pero el barril había estado vacío por mucho tiempo y ni un puñado de harina pudo ella encontrar. Sin embargo la tortita de su abuela debía hacerse, amasándola en un minuto y cociéndola en dos.

Corrió á la tienda, pero el tendero le dijo, "No tengo harina—debes ir al molinero, pequeñita, porque él tiene un molino y él molerá el maíz para tí y te dará la harina amarilla que tanto necesitas. Pero corre, porque de otra manera no podrás hacer la tortita, amasándola en un minuto y cociéndola en dos."

En seguida corrió tan pronto como pudo al molinero, pero éste le dijo: "No tengo harina hoy. Corre pronto al campo de maíz del otro lado de la loma, y si alguno hay allá, tu puedes cogerla para el molino. Pero corre, porque de otra manera no podrás hacer la torta, amasándola en un minuto y cociéndola en dos."

Entonces Sara miró en torno suyo, y vió lo que se necesitaba; no pudo crecer el maíz porque no había sido plantado; pidió al hacendado para que le sembrara un poco de maíz, pero el hacendado se rió tanto hasta que lloró: "Ay, ay, la tortita, no podrás hacerla, amasándola en un minuto y cociéndola en dos."

El hacendado se rió y se rió muchísimo—"¿Cómo puedo sembrar antes que la tierra ha sido arada? Corre, corre al arador y tráele prontamente; él arará la tierra y yo sembraré la semilla." Corrió, en sequida, Sara, aun esperando hacer la tortita, amasándola en un minuto y cociéndola en dos.

El arador aró y el grano se sembró, y el sol envió sus rayos,

hasta que el maíz había crecido; fué molido en el molino, y otra vez en su cama la abuela dijo á Sara: "Me harás una tortita, pronto ve y hazlo. Amásala en un minuto y cócela en dos."

EL CONEJO DE PORCELANA Y SU FAMILIA.

La Señora Coneja y sus cuatro conejitos estaban muy amontonados. Vivían en una pequeña caja de cartón, y á penas había lugar para sus piernas y patas. Y para sus largas orejas la Señora Coneja y uno de sus conejitos realmente tuvieron que ponerlas al través de las esquinas quebradas de la tapa.

"Tened paciencia, hijos míos," la madre decía á menudo. "Esto no puede durar siempre, y debemos al menos estar agradecidos de tener este blando algodón para acostarnos."

No hay que extrañar que los conejitos gruñian. ¿Os gustaría vivir en una casa tan pequeña que tuvierais acostaros como pudieseis y no como quisiereis?

La vieja caja de cartón llena con los conejitos estaba en una tienda de juguetes. Además, la tienda de juguetes estaba cerca de la casa del nene Pachito.

Más que eso, la mamá de Pachito entró un día en la juguetería: y lo mejor de todo fué que compró toda la familia del Conejo de Porcelana. Cuando ella regresó á casa, la dió á la cocinera. La cocinera se sonrió y cabeceando dijo: "Oh, sí, señora, lo haré con gusto por Pachito." Y inmediamente empezó á cocinar un bollo.

La Señora Coneja, y Brincador y los otros conejitos fueron pronto sacados de su apretada casa. La cocinera los lavó muy bien, y en seguida los puso en una cama de masa de bollo, en una torterita, y puso todas las torteritas en el horno.

Cuando la puerta del horno se cerró y la cocinera no pudo oir á la Señora Coneja, ésta exclamó: "Brincador, hijo mío."

"Aquí estoy, madre." dijo Brincador. "¿Está Gordiflón aquí?" preguntó la Señora Coneja. "Sí, aquí estoy," dijo Gordiflón. "¿Y Juanito Saltador?" "Sí," respondió Juanito, y así lo hizo también Chiquitillo, el más pequeño.

"Está bién," dijo la madre. "¿Estáis bien todos?"

"Oh, estamos perfectamente bien," gritaron los niños.

Sin embargo cuando los bollos comenzaron á cocerse la Señora Coneja y sus hijos sintieron mucho calor. Nunca habían sentido tanto calor. Casi desearon volver otra vez á su caja de cartón. "Porque, al menos, tenía buena ventilación," suspiró Brincador.

En el momento que iban á morir de calor, la puerta del horno se abrió chillando: "Están muy cocidos," oyeron que dijo la cocinera, y pronto en seguida todos los bollos comenzaron á enfriarse en el estante de la repostería, y la familia de la Conejita pronto revivió.

"¿Viveremos aquí siempre, madre?" preguntó Gordiflón.

"No sé, hijo mío," dijo la madre, "pero gozemos aquí, mientras podamos. Estas son casas muy sabrosas."

"Sí, he probado la mía," dijo Juanito Brincador, chupándose los labios.

En seguida todos los conejitas comenzaron á roer sus bollos. "Ninguno nos objetará que comamos un poco," dijo la madre.

Pronto la cocinera puso los bollos en un bonito plato y los mandó al cuarto de los niños. Pachito y sus hermanos habían invitado á sus amigos, y después que los niños habían comido su pan y mantequilla, cada uno cogió un "bollo de hada" como los llamó la mamá de Pachito.

"Oh, hay algo de duro en mi bollo," dijo Pachito, cuando había dado una gran tarascada. "Y también en el mío," "Y en el mío," "Y en el mío," gritaron los otros niños.

Vosotros sabéis lo que habían encontrado ¿no es verdad?

Por supuesto, fué la Señora Coneja y Brincador y Gordiflón, Juanito Saltador y Chiquitillo. Y la familia de la Coneja vivió feliz en lo futuro entre los otros juguetes del cuarto de juego.

—EMILIE POULSSON.

TEODORO Y EL BOLLO DE SU CUMPLEAÑOS.

(Esqueleto para un simple cuento.)

El cumpleaño de Teodoro. Se invitan los amiguitos. La mamá tiene el plan de cocer un bollo de cumpleaños con tantas velas en el bollo como años tiene Teodoro. Huevos, harina, mante-

quilla, leche, todo está listo para mezclarse. La mamá mira al horno, ve que está roto, de suerte que no puede cocer bien los bollos. No sabe que hacer; no quiere chasquear á Teodoro; ella piensa del panadero, amasa el bollo y lo manda á la panadería. Lo deja allá, el panadero lo cuida mientras se coce, lo saca con su larga pala. Cuando la mamá va á la panadería por el bollo, paga y da gracias al panadero. Todos gocen el bollo. La mamá cuenta como el panadero bondadoso la sacó de su apuro.

— E. P.

NERÓN EN LA PANADERÍA.

"Acabé," dijo el panadero sacando la última torta del horno, "ésta es verdaderamente una buena hornada. La llevaré prontamente á la panadería."

En seguida la pequeña Sofía entró á la panadería y dijo: —

"Mi madre quiere una torta de pan caliente."

"Aquí está," dijo el panadero, "acabada de salir del horno. Calentará tus manos mientras llegas á casa." Envolvió el pan en un papel y lo dió á la niña que le pagó por él.

Cuando ella abrió la puerta para salir, un perro grande entró — un perro peloso con una canasta en su boca. Estaba solo, pero evidentemente conocía lo que tenía que hacer. Sofía se paró á mirar, porque nunca había vista un perro yendo á la tienda.

"Oh, aquí está Nerón. ¡Buen perro! ¡Buen Nerón!" dijo el panadero. "¿Has venido por el pan?"

Nerón anduve hacia el panadero y levantó su cabeza, como para ofrecer la canasta. En la canasta había dinero para una torta de pan. El panadero puso el dinero en el cajón y luego esperó para ver que haría el perro.

Nerón le miró como si estuviese sorprendido y entonces gruño: "Bau-bau."

"Bien, no quiero atormentar á un buen perro como tú, aquí está tu pan," dijo el panadero, bajando una torta. La envolvió en papel, la puso en la canasta y el perro meneó su cola con alegría. En seguida tomando su canasta otra vez, anduvo con paso majestuoso hacia la puerta que Sofía habia abierto y salió á la calle. La casa de Sofía estaba en la misma dirección, de suerte que

anduvo de tras de Nerón y le vió andar fijamente á lo largo de la calle, entonces la atravesó y entró en una casa donde una señora le estaba esperandó.

"Adivinad, lo que ví en la panadería," dijo Sofía cuando llegó á su casa. Su madre y su padre y los niños trataron y trataron de adivinar. Pasteles, bollos, biscochos, panecillos, rosquillas, buñuelos, pan de jengibre, molletes. Sí, Sofía había visto todo esto, pero no era lo que quería decir.

Al fin cuando habían mencionado todas las cosas que se ven en la panadería, Sofía les contó acerca de Nerón, el hábil perro, que había comprado una torta de pan.

—Emilie Poulsson.

DÍA DE ACCIÓN DE GRÁCIAS.

Al Maestro : —

Este asunto tiene muchos aspectos importantes. Es una fiesta de cosecha, un día para dar gracias, una fiesta de familia.

¿Podemos presentar todos estos aspectos del asunto á los niños? No, seguramente, si dependemos solamente sobre la plática de la mañana y sobre el cuento, ó si no hemos preparado el camino. Pero el hacendado y la cosecha son ya familiares ; el corazón de los niños y sus voces son ya acordadas á himnos de gratitud y cantos de amor de familia, etc. No es por eso tan importante presentar todas los aspectos del asunto, más bien recordar y producir impresiones duraderas; que cada maestro acentue particularmente el aspecto que es más propio para sus discípulos.

El Día de Gracias de los Pelegrinos, una fiesta en que participaban los Indios, es un cuento lleno de interés.

LA PLÁTICA.

¿Recordáis que el panadero fué el trabajador de que hablamos la semana pasada? ¿Qué otros trabajadores podéis nombrar?

¿Qué hizo el hacendado en el otoño? Juntó semillas para guardarlas para el próximo; y también recogió la cosecha. (Que los niños nombren semillas y frutas y vegetables, etc., cosechados para el invierno.)

¡Qué feliz y agradecido se siente el hacendado, cuando piensa de su bodega llena de manzanas, patatas, etc., bastantes para su familia en el invierno; y de sus graneros llenos de heno y avena y maíz, etc., para los animales! Y siendo la cosecha el tiempo que da todas estas cosas y siendo tan alegre, la nación pensó que sería el mejor tiempo para tener un día especial para dar Gracias á Dios.

En seguida cantemos el canto del Día de Gracias y juguemos como si éste fuese el Día de Gracias y como si estuviésemos en la casa de nuestra abuela.

¡Qué alegres estamos viendo á la abuela, al abuelo, á los tíos, á las tías y á los primos! Corremos á la cocina y miramos dentro del grande horno — un antiguo horno, muy semejante á él que tiene el panadero.

¡Oh, que bueno huele todo! ¡Y aquí está el grande pavo — parece un monstruo!

¿Qué otra cosa se prepara para comer?

Pero no queremos que ellos hablen de las buenas cosas solamente como siendo víveres. Una sugestión respecto á la manera de hablar de la comida se encuentra en el hecho que la fiesta de dar gracias debía anteriormente mostrar algo de todo lo que había sido cosechado en la hacienda, representando así la abundancia de la cosecha por la cual las gracias eran dadas.

Pronto vamos á la iglesia. Sentados quietamente no hablamos del todo, y cantamos tan bien como podemos. (Cántese algun canto de dar gracias. Esto es el mejor tiempo para explicar claramente la significación del día. Diríjanse la ideas de los niños á las varias causas por las cuales debemos dar gracias — universales y particulares — y á la gratidud que deben mostrar por dicho y hecho. Cuando viene el tiempo destinado para jugar, juéguese como si se jugase en la casa de la abuela.)

CUENTOS.

UN DIA DE GRACIAS EN BOSTON.

En los tiempos pasados Boston y en verdad todas sus cercanías eran cubiertas con árboles en lugar de casas y no había calles, ni tiendas, ni iglesias, ni grandes edificios de ninguna clase. Sin embargo había gente que vivía allí — Indios — á quienes gustaba vivir en los bosques. No había carpintero entre los Indios, por esto no construían casas propiamente hablando, pero tenían tiendas ó chozas.

En seguida mucha gente como nosotros vino á esta tierra; pero como llegaron en el invierno, los hacendados no pudieron plantar ninguna cosa, estando helado el terreno; así el molinero no tenía trigo que moler para hacer harina, y el panadero no tenía harina para hacer pan, y había muy poco que la gente podía comer. Tenían pescados, almejas y cosas semejantes, pero á menudo tenían que sufrir hambre. Un barco que habían enviado á través del gran océano para traerles más provisiones, se había dilatado tanto que aparecía haberse perdido y la gente pobre y hambrienta no sabía lo que debía hacer.

Un día unos muchachos pequeños de la parte sur de Boston, fueron á jugar sobre una loma cerca del agua y allí vieron un barco navegando hacia tierra. Sabían que el barco traería provisiones bastante para toda la gente hambrienta. Inmediatamente corrieron á contar á sus padres y á sus madres y á sus vecinos lo que habían visto. ¿Podéis imaginaros qué alegres fueron al

entender tan alegres nuevas? Muy pronto el barco llegó a la playa y fué descargado. (Que los niños cuenten lo que el barco trajo, y que se formen idea cuán ocupadas estaban las madres cocinando y cociendo para la gente hambrienta, y cuán alegre estaba por tener otra vez bastante para comer.)

Sí, la gente fué tan alegre que quisieron dar graciás al padre celestial y dijeron: "Tengamos un día de dar gracias." Por esto tuvieron un Día de Gracias. Fueron á la iglesia y alabaron á Dios por todas sus bondades y entonces tuvieron una alegre fiesta en su casa.

Otra gente que había venido á la América, tenía también días especiales para dar gracias; y al fin todos convenieron guardar el mismo día. Y por mucho tiempo hemos tenido el Día de Gracias en el mismo día en todo el país.

CÓMO PEPITA DIÓ GRACIAS.

¡Oh cuán cómoda fué en el pajar esa fría noche de Noviembre! El hacendado Gray cerró todas las puertas como si fuera tiempo de invierno, y en seguida se fué, alegre de que los animales fueron calientes y cómodos por la noche. A penas el sonido de sus pasos había desaparecido, cuando una vaca levantó su cabeza y dió un débil mugido.

"¡Nuevas!" dijo, "¡nuevas! algo bueno me ha pasado este día. Fué precisamente antes que volviese al campo. Pepita vino corriendo á mí y comenzó á acariciar mi frente. 'Buena vieja vaca,' dijo ella, 'tuve leche para beber en mi almuerzo y yo sé por quien la tuve, y por esto he venido á darte gracias. Mi madre me dijo esta mañana que éste era el día para dar gracias.' Y entonces la niñita puso una buena manzana en mi boca y se rió al oirme machacarla. Me alegro tanto que mi leche sea buena y rica. También me dió gracias por la mantequilla y la crema, y por el queso de su papá—la buena niña grata."

"Dices la verdad, vecina vaca, ella es una niña agradecida," dijo el caballo del hacendado. "Estaba en la cuadra antes de ser enjaezado para llevar á la familia á la iglesia, y Pepita vino

Pepita y el Caballo.

á verme también. Me dió gracias por todos los paseos que ella había tenido sentada sobre mi y en el carretón de heno, y por haber arrastrado el arado y por haber llevado la harina del molino. Entonces la buena niña cogió un puñado de heno y me lo dió sonriéndose. Te digo, yo andaré del mejor trote la próxima vez cuando la llevo en el coche." Bob dió un relincho alegre cuando dijo esto, y casi como una respuesta un ruido vinó del corral de ovejas. El corral de ovejas se unía al pajar más grande, y á la puerta estaba una apacible oveja que comenzó á hablar de su propia manera.

"¿La pequeña Pepita también fué á verte, es verdad? Os digo, que fuí muy sorprendida, cuando ella me trajo á mi y á las demás ovejas un plato especial de sal esta mañana. 'Esto quiere decir: Te doy gracias, buena oveja,' dijo ella. 'Hablamos acerca de tí en el kindergarten, y sé que nuestras bolas de estambre fueron hechas de tu lana, y también mis nuevos mitones, y mi enaguas de franela y mi capa y mi traje de invierno, y los vestidos de Juanito y las frazadas — y ¡muchas otras cosas! Qué chistosa parecerías con todo eso en tu espalda.' Entonces tocó mi lana y me acarició con su suave manita. Espero que mi vellon será muy grande este año y deseo muchísimo que la lana pueda usarse para la pequeña Pepita."

"Sí, sí," dijo la vaca, "la niña ha tenido un verdadero día de dar gracias porque ademas de darme gracias á mi y al caballo y también á ti, Señora Vellosa, he oído á las gallinas diciendo hoy que les ha dado dos veces más que acostumbraba darles y que les dió gracias por los huevos que ellos habían puesto. Les dijo que le gustaban los huevos para almorzar, y que su mamá hacía bollos con ellos también. Quisiera saber qué la impulsó para venir á darnos gracias."

"Fué su buen corazoncito que la impulsó," dijo el caballo seriamente; "y creo conocer la causa por qué ella vino hoy, porque cuando estaba trotando de la iglesia á la casa, oí á la familia hablar muchísimo de que hoy es un día de dar gracias. Y cuando el abuelo de Pepita la preguntó si sabía por qué se observaba, ella dijo, 'Oh, sí, es el día de decir gracias por todo, y por esto yo corrí al pajar esta mañana.'"

"'¿Y á quién diste gracias?' preguntó su abuelo.

"'Oh, á todos ellos,' respondió Pepita, 'al caballo, y á la vaca y á la oveja y á las gallinas.'

"'Muy bien, muy bien,' dijo el abuelo, 'muy bien de veras, mi querida niña grata. Me alegro que hayas pensado de las bondadosas y útiles creaturas de quienes obtenemos tantas cosas para nuestro placer y bienestar.'"

Como el caballo repitió lo que el abuelo de Pepita había dicho, la Señora Vellosa dió un salto de alegría, y la vaca dió un suspiró de profunda satisfacción. Bondadosas y gratas palabras son siempre agradables en cualquier oído.

Entretanto la noche había venido y los animales comenzaron á disponerse para el descanso de la noche. La Señora Vellosa volvió á sus compañeros lanudos en el aprisco; la vaca se echó en su cuadra, y el caballo, después de patear el suelo por algun tiempo, dobló sus largas piernas y se acostó en su blanda paja. Pero antes que se durmieran hablaron otra vez de la buena Pepita y del placer que les había causado con sus gracias y sus dátivas.

—EMILIE POULSSON.

GRACIAS MATUTINAS.

Por esta hermosa mañana con su brillante luz, por el abrigo y descanso de la noche, por la salud y el alimento, por nuestros padres y amigos, por todas tus bondades, te damos gracias, oh padre celestial.

—M. J. GARLAND.

EL INVIERNO.

Al Maestro: —

En esta plática se consideran las estaciones, la acción del frío — personificada en Juan Helada — y las preparaciones para el invierno.

LA PLÁTICA.

¿Qué día de la semana es hoy? ¿En qué mes estamos? Probablemente pocos ó ninguno de los niños podrá decir. ¿Es verano? No, el verano es pasado. (Que los niños hablen de lo característico del verano — tiempo caliente, mucha solana, flores, yerba, pájaros, abejas, mariposas, todo creciendo.)

¿Es otoño? Justamente el fin de otoño. (Que los niños nombren lo característico del otoño — tiempo más frío, caída de las hojas, los pájaros volando á los paises calientes.)

Y ahora el invierno viene. (Que los niños nombren lo característico del invierno — árboles desnudos, ausencia de los pájaros, de los flores, abejas y mariposas.) ¿Y qué vendrá después del invierno? (Que los niños mencionen lo característico de la primavera.) El maestro les enseña los contrastes de lo característico del verano y del invierno, hablando de los días más cortos que tenemos en esta estación.

¿Cuál viento saldrá lo más frecuente para jugar en este tiempo?

¿Habéis oído jamás el Viento del Norte chiflando y tocando la corneta? Juéguese que el Viento del Norte está ahora en el kindergarten.

Hay otra persona que viene, cuando los vientos del invierno empiezan á bramar. (Se esto no trae á la memoria de los niños el nombre de Juan Helada, debe dárseles más del texto de este canto, ó del otro canto de Juan Helada, ó tararearse el tono.)

¿Qué hace Juan Helada? Pinta las hojas, abre los capullos de

la castaña y de las otras semillas de suerte que el viento puede sembrar las semillas. Hace bonitas pinturas sobre los vidrios de las ventanas.

Cuando Juan Helada aparece en el otoño, solamente hace cortas visitas por la noche; pero en el invierno permanece todo el tiempo. En el campo extiende una delgada alfombra brillante sobre los campos y cubre los arroyos con un techo de vidrio. En la ciudad toca el agua de las aceras y hace resbaladeros para los niños. Quiero deciros otra cosa que hace Juan Helada. Pero decidme primero, qué cosa esconde el sol á veces de manera que no podamos ver la luz del sol. Son las nubes, ¿no es verdad?

Algunas veces cuando hay nubes pardas flotando en el espacio, Juan Helada y el Viento del Norte están volando allá. El Viento del Norte va á las nubes y chifla y sopla, y ¿qué pensáis que hace? salen las pequeñas gotas de lluvia que estaban durmiendo en la nubes — todas listas para decender á la tierra, como piensan. Pero Juan Helada las observa, y tan pronto como caen de las nubes dice: "¿No queréis meter esta vez vuestros vestidos blancos?" Y entonces las toca, y cada una de estas gotas de lluvia inmediatamente se pone blanca y resplandeciente, y se convierte en una hermosa estrella ó copo de nieve. De tal manera en lugar de la lluvia que tal vez habría decendido á la tierra, cuando el Viento del Norte llamaba las dormidas gotas de lluvia afuera de las nubes, tenemos una hermosa tempestad de nieve, y todo porque Juan Helada estaba allá.

(Háblese de la nieve como una protectiva capa para la vida de las plantas, y del retozo que se tiene con los trineos, con las bolas de nieve, con las estatuas de nieve, etc.)

¿Cómo se preparan los pájaros para el invierno? La mayor parte de ellos emigran. ¿Se han ido los gorriones y pichones? Ellos permanecen con nosotros y nos gusta tenerlos y algunas veces debemos alimentarlos porque no pueden encontrar alimento fácilmente en el invierno. ¿Cómo se preparan las ardillas para el invierno? ¿Cómo se prepara el hacendado para el invierno? ¿Cómo nos preparamos nosotros? La mamá hace calientes vestidos para sus hijos; el padre trabaja para comprar carbón para hacer cómoda la casa y calentarla. Los niños deben tener cuidado de no perder los mitones que su mamá les ha dado.

CUENTOS.

LAS ARDILLAS ECÓNOMICAS.

En el hueco del roble en la pradera una ardilla había construido su casa. Era muy bonito animalito, con sus ojos vivos y grandes y su cola esponjada. Era tan prudente como era bonita. Es á saber, tuvo mucho cuidado acerca de cosas triviales y educaba su familia en los mismos principios. Su familia se componía de la Señora Ardilla y tres ardillitas, y eran todas ellas tan cuidadosas y ordenadas como es posible. Nunca se malgastaba ni aún la extremidad de una nuez ó la cáscara de una bellota en la casa de la Señora Ardilla, y una de las primeras cosas que los Señores Ardillas enseñaron á sus hijos fué almacenar alimento para comer en los meses del invierno. Eran muy bonitas y chiquitas estas ardillitas. Vivas, de buen genio y obedientes. La mayor cuyo nombre era Morenita ya sabía condimentar un pastel de bellota, ó un almendrado de nuez con salsa de castaña, casi también como su madre.

Por este día frío de invierno acerca del cual os hablé, los Señores Ardilla con Morenita y les nenes estaban tomando el té en el hueco del viejo árbol sobre la pradera. La tarde se tornaba en noche, y la luz había casi desaparecido, cuando se oyó un golpecito á la puerta. Fué un golpecito muy leve, tan leve que la Señora Ardilla no estaba segura de que alguien había tocado, y escuchó hasta que tocaron otra vez. Entonces el Señor Ardilla se levantó y abrió la puerta. Al principio no vió á ninguno.

"¿Quién es?" preguntó en su agradable y alegre voz.

"Soy yo, vecino," dijo uno afuera con tristeza. "Estoy casi muerto de hambre y de frío. Quiere Ud permitirme entrar por un momento y calentarme?"

El Señor Ardilla en seguida abrió la puerta de par en par y dijo: "Entre Ud, entre Ud. Hace mucho frío, seguramente, esta

noche. Entre Ud y déjeme cerrar la puerta. Mi cola casi está helada, sólo por estar aquí un momento."

Entonces un conejo entró en la casa saltando. ¡Pobre conejo! ¡Qué miserable parecía! Su pellejo estaba muy sucio y andrajoso, y su pobre colita colgaba de tras en lugar de levantarse, como debería estar en un conejo en buenas circunstancias. Su orejas estaban gachas, y sus bigotes estaban quebrados y flojos. Tenía reumatismo en una pierna trasera, y sus ojos, que deberían haber sido tan vivos como los del Señor Ardilla, estaban turbios y sin lustre. Todo él parecía tan miserable y triste como era posible y de ninguna manera como un respectable conejo.

La Señora Ardilla levantó sus patas delanteras realmente desmayada. El Señor Ardilla se apresuró á poner al pobre Conejo cerca del fuego, mientras Morenita le trajo su propia rebanada de pan de nuez. El pobre Conejo la comió con mucha gana, y por algún tiempo toda la familia de Ardilla estuvo tan ocupada en atenderle que no tuve el tiempo de hacerle preguntas. Cuando él se había calentado y descansado un poco, la Señora Ardilla acostó á todos sus hijos, y ella y el Señor Ardilla comenzaron á indagar la causa por la cuál el pobre vecino había estado en tan triste condición.

"¿Cómo podía evitarlo?" dijo él dolorosamente. "No sabía que habría tanto frío, ni que la nieve sería tan profunda que yo no pudiese hallar un pedazo de col de invierno para comer. Me siento dispuesto á trabajar; y soportar cualquier molestia, pero de nada sirve. En verdad, vecino Ardilla, no sé, cómo Ud ha hecho para evitar el hambre." Y miró con envidia al rededor del limpio cuartito caliente.

"Fué muy simple," dijo el Señor Ardilla, con gravedad. "Todos trabajamos y almacenamos un poco de todo lo que encontramos; cuando encontrábamos seis nueces, poníamos tres en nuestro almacén, y hubo una abundancia de nueces y bellotas en este otoño. Así, aunque el invierno es tan duro y hay nada que encontrar afuera, tenemos bastante en casa para nosotros y para un amigo, vecino, de suerte que Ud puede comer tanto como quiera."

Fué muy bondadoso el Señor Ardilla, pero no pude ayudar mucho al pobre Conejo. El había sido tan perezoso y amante al paseo que no quiso quedarse con la familia Ardilla tranquilamente

El Pobre Conejo.

para ayudarlos en el trabajo de la casa. Por ésto en pocos días se fué otra vez al campo.

Cuando el tiritaba por el viento frío, tratando en vano de satisfacer su hambre, á menudo deseó que hubiese sido tan prudente y tan económico como la familia Ardilla. Y la familia de Ardilla, siendo tan prudente como bondadosa, á menudo pensába del pobre conejo con lastima, y hubieran querido saber como lo estaba pasando; pero no supieron de él otra vez.

—MARY DENDY.

"*Lesson Stories*," *The Sunday School Association, London.*

JUAN HELADA Y SU OBRA.

"¡Caramba!" dijo Juan Helada una noche fría cerca del fin de otoño, "ésta es justamente la noche que he estado esperando. Las nubes han estado bastante espesas para detener el calor del sol, y el Viento del Norte ha estado todo el día anunciando á la gente, que yo debo estar aquí esta noche. A veces me gusta sorprender á la gente, pero he visto que no soy siempre bien recibido cuando hago mis visitas inesperadamente; por esta vez he anunciado mi llegada, y espero que ninguno murmurará. Es una hermosa noche para trabajar."

Por esto Juan Helada empacó su caja y salió. Por este tiempo el sol y las nubes habían desaparecido, y las estrellas brillaban en el oscuro espacio. El aire era muy frío pero muy quieto, porque el Viento del Norte se había ido á dormir al ponerse el sol.

Como Juan Helada lo había pensado, la gente le esperaba esta noche. El hacendado había traído los becerros de la pastura donde habían estado todo el verano. Las puertas del pajar fueron cerradas muy temprano, y todos los animales fueron encerrados en su cuadra caliente. La gente metió sus plantas en la casa y juntó las flores de otoño en sus jardines. "Son las últimas de este año," dijeron; "Juan Helada destruirá todo esta noche." Las madres visitaban las camas de sus niños, poniendo más frazadas sobre ellos para que los niñitos estuviesen abrigados y calientes.

En efecta debido á la bondadosa amonestación de Juan Helada,

la mayor parte de la gente estuvieron listos para recibirle cuando él comenzó su obra.

En la caja que llevaba Juan Helada había pinceles de pintor grandes y pequeños, y una caja de pintura. Tenía también un material reluciente de un blanco plateado. Esto fué lo que usó para sus dibujos sobre las vidrieras. Otro material de la misma clase pero más grosero necesitaba para blanquear el campo. Sin embargo no todas sus herramientas eran de la misma clase. Juan Helada hace muchas cosas hermosas pero también destruye. Es parte de su trabajo preparar la tierra para el invierno, marchitando las últimas flores y picando la yerba y endurecienda la tierra, de suerte que además de pinturas y pinceles que él tenía en la caja, tenía afilados alicates y pinzas y martillos y cosas parecidas.

Cuando Juan Helada vinó á los castaños, dijo, "Oh, las nueces están maduras. Debo abrir los capullos para que las ardillas y los niños puedan obtener estas buenas nueces." Por ésto se quedó mucho tiempo entre los castaños abriendo los espinosos capullos. ¡Qué bonitas parecen las nueces morenas, empacadas muy cómodamente en sus cajitas forradas de terciopelo!

Juan Helada viajó pronto y lejos, trabajando siempre. No puedo decir, cuántos capullos abrió, cuántas vidrieras adornó, pero debo decir una cosa triste que tenía que hacer.

El pequeño Alan tenía un jardín propio. Su mamá le había dicho en la tarde que metiese sus plantas en la casa, porque de otra manera Juan Helada las destruiría. Alan lo aplazó porque estaba muy ocupado jugando cuando su madre se lo mandó, y no pensó más de ello hasta que fué demasiado tarde. Cuando Juan Helada vino al jardincito, se puso muy triste: "¡Oh, caramba!" dijo, "¡ojalá que Alan hubiese metido estas plantas en su casa! Aborrezco destruirlas, pero no puedo dejarlas aquí estorbando el camino del Invierno." Por esto sacó las pinzas y las alicates y pintura negra, y pronto el jardín de Alan apareció muy marchito y desvastado.

La próxima mañana la tierra estaba blanca y reluciente, los árboles parecían muy alegres con sus hojas amarillas y coloradas, y las ardillas recogían las castañas maduras con mucho gozo. Pero había un muchachito quien se puso muy triste cuando vió lo

que Juan Helada había hecho en su jardín. "La próxima vez," dijo Alan á su Mamá, al estar hablando acerca de su jardín esa noche, "meteré todas mis plantas dentro de la casa tan pronto como tú me digas que Juan Helada viene."

"Entonces Juan Helada ha enseñado algo á mi hijito," dijo la Mamá.

— EMILIE POULSSON.

LA CANASTA DE FLORES.

Ó AMAR Y DAR.

Al Maestro: —

La conveniencia de "La Canasta de Flores" como un asunto para este tiempo especial de preparación para el Día de Navidad, puede demostrarse fácilmente, aunque no sea tan evidente al principio. Escúchese la explicación de Froebel: "Se debe guiar al niño muy temprano para que note tiernamente, y mantenga juiciosamente el vinculo universal que, aunque invisible, puede sentirse y que es interno y mental — á saber el vínculo que une la vida humana. La vida del niño y de la familia presenta la mejor oportunidad para hacer esto."

En los *Mutter und Kose Lieder* este juego sigue el juego de "Vogelnest" (El Nido del Pájaro) y debe ser considerado como su complimento; mientras "El Nido del Pájaro" representa el amor paternal por medio de las imágenes más vivas y atractivas, "La Canasta de Flores" ofrece al niño una expresión para sus afecciones incitadas — ó más bién, cómo es hermoso expresar su amor mutual.

Por eso ni flores ni canastas son las asuntos reales de este juego, sino "El dar y el recibir." En consecuencia nada es más propio para nuestra contemplación, mientras estamos ocupados de los pequeños regalos que todos deberían ser el símbolo de amor.

Del "Ensayo sobre Regalos," por Ralph Waldo Emerson.

"La verdadera dátiva es una parte del donador; por ésto el poeta trae su poema, el pastor su cordero, el hacendado su maíz; el minero una joya, el marinero coral y conchas, el pintor su pintura, la muchacha un pañuelo de su propia costura.

"Temo alentar una traición contra la majestad del Amor, quien es el Genio y el Dios de la Dátiva y á quien no debemos dar mandatos. Que dé reinos ó hojas de flores como á él le parezca."

L of C.

LA PLÁTICA.

(Cántese "La Canasta de Flores,"[1] usándolo como juego de dedos, y repitiéndolo como un juego de círculo más tarde, si así lo desea. Si los niños no saben el canto, los maestros pueden cantarlo para ellos, mientras los niños cuidadosamente tienen sus canastas,[2] levantándose y andando delante en la última parte del canto, como si las ofrecieran á papá y mamá. Anímese á los niños para que hablen de su casa, de sus padres y hermanos. Que muchos de ellos digan qué trabajo hace su padre. Explíqueseles que lo hace para proveer el hogar, los vestidos, el alimento, etc., para la familia, y que el padre lo hace porque ama á su familia. Que hablen del trabajo de su mamá. Enséñeseles que esto también es hecho por amor.)

¿Cuántos de estos niños amen á su padres? ¿Cuántos á sus mamás? ¿A cuántos les gustaría hacer algo para su papá ó su mamá? ¿Qué podéis hacer? ¿Podéis trabajar como vuestro papá, y ganar dinero para comprar pan, carne, zapatos, vestidos, etc? ¿Podéis hacer vestidos ó remendarlos, cocinar, lavar, planchar como lo hace vuestra mamá? No; los niñitos no pueden hacer tales cosas.

Pero veamos si podemos pensar de algo que los niños pueden hacer. ¿Podéis cantar algunos de los cantos del kindergarten para papá y mamá? ¿Podéis contar algunos de los cuentos que habéis oído aquí? ¿Podéis contarles el cuento que tuvimos la última semana? (Que el maestro mencione el cuento por nombre.) Papá y mamá se alegrarían mucho de oir algunos de los cantos y cuentos. También al nene le gustará oir los cantos — y á veces podéis divertirle cantándole ó jugando con él, mientras la mamá está ocupada.

(Que los niños digan otras cosas que pueden hacer; todas estas cosas mostrarán amor.) A veces mostramos amor dando regalos.

---

[1] *Blumenkoerbchen, Mutter und Kose Lieder, Friedrich Froebel,* ó *The Flower Basket, Songs and Music of Froebel's Mother Play. Susan E. Blow.*

[2] Representadas entrelazando los dedos y juntando las yemas de los pulgares para formar el asa.

Papá y mamá se alegrarán con los regalos que los niños les hacen. No olvidéis de "poner amor" en las puntadas de vuestra costura, esto es, pensad acerca de vuestro papá y mamá, mientras trabajáis, y tratad de coser vuestra cartón ó tejed vuestra esterilla tan bien que podáis hacerlos. Esto es lo que significa "poner amor en ellos."

CUENTOS.

PEQUEÑAS CRIADAS.

"¡Oh, qué cuarto tan desordenado! Pronto, pequeñitas, ponedlo en orden."

"No me gusta componer cuartos," dijo Elisita, frunciendo su bonita frente al poner aquí y allá las partes de su mapa de combinación.

"Debe ser muy agradable tener muchísimos criados," dijo Ruth.

"Sí de veras," dijo Isabelita, "justamente como la Señora Margarita."

Elisita puso tamaño hocico, casi para armonizar el fruncimiento de su frente, y parecía tan afligida como lo puede ser una niñita cuya cara es más propia para sonrisas que para fruncimientos.

"¿Pensáis que seríais más felizes sin hacer nada?" preguntó su mamá.

"Si, estoy segura, que yo lo sería," dijo Elisita.

"Y yo también," dijo Ruth.

"Pero," dijo Isabelita, pensativamente, "no sé. La señorita Margarita nunca parece tan agradable como mamá y dice que sus criados siempre la molestan. ¿Crees tú mamá que te molestarían si los tuvieras?"

"No sé, hija mía. Nunca he tratado de tener más que uno, exceptuando estas pequeñitas," pellizcando las mejillas de Elisita y dando un manacito á la cabeza de Ruth, "y como no son siempre muy dispuestas á servirme, tal vez me molestan."

"Es una vergüenza," dijo Isabelita, corriendo á besar á su mamá. "Me gusta hacer las cosas por tí, mamá. Aprisa, muchachas, veamos qué pronto podemos hacerlo."

Y las niñitas corrieron aquí y allá hasta que el cuarto estuvo en buen orden.

"Pero," Isabelita dijo, cuando la mamá se sentó para coser, y

las tres se juntaron al rededor suyo para platicar, "estaba leyendo el otro día acerca del pequeño rey de España—es un jovencito todavía, como sabes, mamá, sin embargo es rey. Y tiene muchísimos criados—todos para su propio servicio."

"Una vez conocí á algunas niñas que tenían muchas criadas."

"Dínos acerca de ellas, mamá. ¿Qué edad tenían ellas?"

"Casi la misma que Elisita y Ruth y Isabelita."

"¿Cuántas eran ellas?"

"Podéis contarlas, mientras que os cuento la historia. Había dos muy vivas, siempre vestidas lo mismo, en azul, moreno ó pardo. Su deber era vigilar todo lo que debía hacerse."

"¿Jamás hicieron algo ellas mismas?"

"Sí, pero no mucho además de eso. Parecían muy ocupadas haciendo sus deberes, pero algunas veces fueron negligentes y entonces por supuesto el trabajo de todas las otras criadas fué todo en confusión."

"Me parece que no tenían demasiado que hacer," dijo Elisita.

"Además de ellas hubo dos más cuyo deber era escuchar lo que la madre ó la maestra de su pequeña ama les decía y informarla de lo que había dicho."

"Me parece," dijo Ruth, riéndose, "debieron ser muy holgazanas, tantas para tan poco que hacer. ¿Hubo más?"

"Dos más siempre vestidas de colorado, que contaban lo que las otras oían."

"Creo que pasó mucho tiempo antes que ella pudiese hacerlo," dijo Elisita.

"Si ellas habían convenido en una cosa que debía hacerse," continuó la madre, "había dos amables mozos, siempre usando vestidos oscuros y fuertes que llevaban las niñas á donde el trabajo debía ser hecho."

"Oh, oh," se rió Elisita, "qué extraña historia nos estás contando, mamá. ¿Fueron inválidas las niñitas?"

"Espero que hicieron bien su trabajo cuando lo empezaron después de todo este alboroto," dijo Ruth.

"Seguramente tuvieron que hacerlo así," dijo la mamá, "porque no tenían menos que diez pequeñas criadas para hacerlo."

"Ahora, mamá, dínos, qué quieres decir con eso," dijo Elisita.

"Quiero decir," dijo la mamá, "que la criada de ojos azules

y la de ojos morenos y la de ojos pardos deberían siempre ver, si hay algo que deben hacer por aquellos á quienes aman."

"Oh, yo veo, y orejas para oir," gritó Isabelita, muy divertida con la idea de mamá. "Y los pequeños labios," dijo la mamá, besándo los que estaban más cerca á ella, "que no pueden solamente hablar acerca de los deberes que deben hacerse, sino pueden aligerar y avivar todos sus deberes y los de los otros por medio de sonrisas y alegres charlas."

"Y pies para andar y correr," dijo Isabelita.

"Y los dedos. ¡Oh, qué multidud de criadas!" dijo Elisita. "Me parece que á veces reñirán."

"Sí," dijo Isabelita, "supongamos que los ojos vean algo que hacer, y las orejas oigan á alguien hablar de ello, y que los pies no quieran ir, y que las manos no quieran hacerlo—"

"Esto dependería sobre su ama," dijo la mamá. "Si ella querría obrar bien, ella mantendría buen orden entre sus criadas. Y ellas necesitan mucha disciplina."

"Sí, así lo creo," dijo Ruth, levantando sus manitas gordiflonas, "tienen que aprender á ponerse su dedal y ensartar una aguja para coser."

"Y á barrer, y á quitar el polvo y á recoger las cosas," dijo Isabelita.

"Y á escribir y á hacer cuentas y á tocar el piano."

"Y hay cosas que deben aprender á no hacerlas," dijo la mamá, con una sonrisa significante, "á no tocar las cosas que á elles no apartenecen, y á no flojear cuando deben hacer algo; á no hacer sin cuidado el trabajo que debe ser bien hecho."

"Oh," dijo Isabelita, con un pequeño suspiro, "tantas cosas que hacer y tantas otras que no deben hacerse."

"Sí, muchísimas," dijo la mamá, "pero sí el corazón que late en todos estas criaditas, es amante y fiel, siempre esforzándose para hacer fielmente cualquier cosa que se presenta, tendremos la certidumbre de un buen éxito."

—SYDNEY DAYRE.

The Youth's Instructor.

CUENTO DE CÓMO EL NIÑO DESPIERTA.

El sol había salido, y la brisa soplaba, y los cinco polluelos y las cuadro gansos, y los tres conejos y los dos gatitos y el perrito eran tan traviesos y animados como podían serlo.

Todos estaban esperando que Pepito apareciese en la ventana; pero él estaba aún profundamente dormido en su pequeña cama blanca, mientras la mamá estaba preparando las cosas que él necesitaría cuando despertase.

Primero fué hacia la huerta hasta llegar á la vieja bomba de madera y dijo: "Buena bomba ¿quieres tú darme agua limpia y clara para el baño de Pepito?"

Y la bomba consintió.

Y así la buena bomba cerca del camino de la huerta
Le dió agua limpia y clara para el baño de Pepito.

En seguida fué más lejos y se paró ante la pila de madera y dijo: "Buenas astillas, la bomba me ha dado agua clara y limpia para Pepito ¿queréis venir y calentar el agua y cocer su alimento?"

Y las astillas consintieron.

La buena bomba cerca del camino de la huerta
Le dió agua limpia y clara para el baño de Pepito.
Y las astillas blancas del montón de madera
Se alegraron de calentar su baño y de cocer su alimento.

Después la mamá fué hasta llegar al pajar y allá dijo: "Buena vaca, la bomba me ha dado agua limpia y clara y el montón de madera me ha dado astillas blancas para Pepito. ¿Quieres tú darme leche caliente y rica?"

Y la vaca consintió.

Entonces dijo á la gallina que estaba rascando en el zacate: "Buena gallina, la bomba me ha dado agua limpia y clara, el montón de madera me ha dado astillas blancas y la vaca leche rica y caliente para Pepito. ¿Quieres darme tú un huevo fresco?"

Y la gallina consintió.

La buena bomba cerca del camino de la huerta
Le dió agua limpia y clara para el baño de Pepito.

Las astillas blancas del montón de madera
Se alegraron de calentar su baño y de cocer su alimento.
La vaca dió leche en la colodra pulida,
Y la gallina un huevo blanco y fresco.

Entonces mamá continuó hasta llegar á la huerta misma y dijo al manzano. "Buen árbol, la bomba me ha dado agua limpia y clara, y el montón de madera astillas blancas, y la vaca leche caliente y rica, y la gallina un huevo blanco y fresco para Pepito. ¿Quieres tú darme una bonita manzana colorada?"

Y el árbol consintió.

Así la mamá llevó la manzana y el huevo y la leche y las astillas y el agua á la casa, y allí estaba Pepito en su bata de dormir, mirando por la ventana.

Y la mamá le besó, le bañó, y le vistió, y mientras cepilló y rizó su cabello moreno y blando, le contó el Cuento de cómo el niño despierta: —

La buena bomba cerca del camino de la huerta
Le dió agua limpia y clara para el baño de Pepito.
Las astillas blancas del montón de madera
Se alegraron de calentar el baño y de cocer su alimento.
La vaca dió leche en la colodra pulida;
La gallina un huevo blanco y fresco;
Y el árbol le dió una manzana redonda y colorada,
Para Pepito que había despertado.

—EUDORA BUMSTEAD.

Youth's Companion.

EL CUENTO DE CÓMO EL NIÑO SE ACOSTÓ.

"¿Cómo puedo ir á acostarme?" dijo el perrito, "sin decir buenas noches á Pepito? Me da parte de su pan y leche, y me acaricia con su manecita blanca y suave. Es tiempo ahora de dormir para perros y niños. Yo querría saber si él está durmiendo."

En seguida corrió en su blanca bata de seda hasta que encontró á Pepito en los brazos de su mamá sentada en el pórtico.

Y ella le estaba contando la misma historia que yo estoy contando: —

El perrito que se había dado al niñito
Corrió á buscar á su amo Pepito.

"¿Cómo podemos irnos á acostar?" dijeron los dos gatitos, "hasta que hayamos visto otra vez á Pepito? Nos deja jugar con sus tarugos y pelotas y se rie cuando nos trepamos sobre la mesa. Es tiempo ahora de dormir para gatitos, y perritos y niñitos. Tal vez le encontraremos durmiendo." Y esto es lo que los gatitos oyeron: —

Un perrito que se había dado al niñito,
Dos gatitos tan traviesos y chiquitos
Corrieron á ver á su amo Pepito.

"¿Cómo podemos ir á acostarnos?" dijeron los tres conejitos, "sin haber visto primero á Pepito?" Y entonces corrieron en sus batas blancas de terciopelo andando tan suave como tres grandes copos de nieve. Y ellos también al llegar al pórtico oyeron á la mamá de Pepito contándole la misma historia: —

Un perrito que se había dado al niñito
Dos gatitos tan traviesos y chiquitos,
Tres conejitos blandos y bonitos,
Corrieron á ver á su amo Pepito.

"¿Cómo podemos acostarnos?" dijeron los cuatro blancos gansos, "sin saber que Pepito está bien? A él le gusta vernos nadar en la alberca y nos trae maíz en su pequeño delantal azul. Ahora es tiempo de dormir para los gansos, y los conejos y los gatitos, perritos y niñitos, y seguramente él debe estar durmiendo."

Y por esto se fueron anadeando en sus blancas batas de plumas, hacia el pórtico donde vieron á Pepito, y oyeron á su mamá contar el cuento de cómo el niño se acostó.

Un perrito que se había dado al niñito,
Dos gatitos tan traviesos y chiquitos,
Tres conejitos blandos y bonitos,
Cuatro gansos de la alberca de los patitos,
Corrieron á ver á su amo Pepito.

"¿Cómo podemos irnos á acostar?" dijeron los cinco pollitos, "sin haber visto otra vez á Pepito? Nos avienta migajas y nos llama. Ahora es tiempo de dormir para pollitos, gansos, conejitos, gatitos, perritos y niñitos, por esto Pepito debe estar dormido."

Entonces corrieron y revoltearon en su blancas batas felpudas hasta que llegaron al pórtico donde Pepito estaba cerrando sus ojos, mientras su mamá le contaba el Cuento de cómo el niño se acostó: —

Un perrito que se había dado al niñito,
Dos gatitos tan traviesos y chiquitos,
Tres conejitos blandos y bonitos,
Cuatro gansos de la alberca de los patitos,
Cinco pollitos felpudos y blanquitos,
Todos vieron que estaba dormido su amo Pepito.

— EUDORA BUMSTEAD.

Youth's Companion.

EL DÍA DE NAVIDAD.

Al Maestro: —

Tan pronto como aprendemos los Villancicos de Noche Buena y hacemos los regalos de Navidad, naturalmente hablamos mucho de la cercana estación alegre y de su origen.

La plática siguiente no debe servir por eso como una primera presentación ó como una completa exposición de la bonita y vieja historia, sino más bien como una base.

LA PLÁTICA.

(Como por este tiempo los niños se deleitan en sus trabajos de Navidad, los regalos y todo lo concerniente al día de Navidad son tan continuamente en sus ideas que la plática probablemente es sugerida por sí misma. Trátese de impresionarlos con la idea que los regalos muestran amor, que aunque podemos mostrar nuestro amor constántemente haciendo bien á nuestros padres y amigos, también nos gusta mostrar amor dando algunas veces regalos.)

¿Cuáles son los días cuando la gente da regalos? El Día de Navidad, por supuesto, y á menudo también el cumpleaños. (Véase si los niños saben porqué en el día de Navidad deben darse regalos, antes que se les explique el por qué. Háblese de Jesús como de una dátiva de amor al mundo y principalmente de como él iba haciendo bien sin pensar de sí mismo-enseñando y viviendo una vida de bondad y amor. Por eso el día de Navidad, su cumpleaños, es el más alegre de todos los cumpleaños del año.)

Pensemos acerca del día de Navidad de antaño cuando Jesús nació. Era invierno, pero en un país caliente, un país donde higos, dátiles y naranjas y cosas semejantes crecen. José y María habían venido desde muy lejos á este lugar; María cabal-

gando sobre un burro y José andando á su lado. La gente á menudo cabalgaba en burros en lugar de caballos en esa tierra. María y José fueron á un mesón. Un mesón es un lugar donde los viageros pueden posar para descansar y comer. Tenemos mesones también en estos días, y á veces los llamamos hoteles.

Tanta gente había ido á Belén en ese tiempo que todas las casas y hoteles estaban llenos, y José y María hallaron que no había lugar para ellos excepto en un establo. Debió haber estado también lleno, porque además de vacas y toros debió haber habido muchísimos caballos y burros perteneciendo á otros viajeros. ¿Qué pensáis qué José y María hicieron cuando entraron en el establo? Supongo que alimentaron su burro y lo amarraron cerca de ellos en la noche, haciendo en seguida sus proprias camas. Estas camas fueron solamente pilas de paja fresca y limpia, pero sin embargo eran blandas y cómodas. ¿Qué cuna podía ser más comfortable para un recién nacido que el pesebre donde el niño Jesús fué puesto?

(Descríbase el pesebre, si los niños no saben lo que es.)

¿Qué pensáis que el burro ó las vacas habrían pensado, si hubieran ido al pesebre á comer heno, y hubieran visto al querido niño acostado allí? Yo no creo que le hubiesen herido ¿no es verdad?

Trátad de hacer una pintura en vuestros mentes del establo con la brillante estrella sobre él; el ganado al rededor; el pesebre con el niño, en su pequeño lecho de heno; María y José parados cerca, y los pastores con sus largas cayados entrando adentro.

Después otras visitas vinieron, los hombres sabios que habían viajado desde tan lejos. (Que los niños hablen de la visión de los pastores y de los sabios y de la estrella maravillosa, no solamente en sus propias palabras pero también repitiendo las lineas de algunos de sus villancicos. Nada vivifica tanto un canto ó un villancico como cuando los niños repitan de tal manera las palabras familiares.)

CUENTOS.

EL DÍA DE NAVIDAD EN EL PAJAR.

¡Dos días más y el día de Navidad habrá llegado! Había estado nevando mucho y Juanito estaba parado en la ventana mirando á la nieve blanca y blanda que cubría el suelo completamente. Después de un rato él oyó el ruido de ruedas subiendo el camino. Un carretón atravesó la puerta y pasó por la ventana. Juanito era muy curioso de saber lo que el wagón podría traer. Arrimó su pequeña nariz contra el vidrio frío de la vidriera y á su grande sorpresa vió dos grandes árboles de Navidad. Juanito no sabía porqué había dos árboles y pronto volvió corriendo á decir á su mamá lo que había visto, pero se acordó al mismo tiempo que su mamá no estaba en casa. Se había ido á la ciudad para comprar regalos de navidad, y no volvería sino hasta muy tarde. Juanito comenzó á sentir que sus pies y manos se habían enfriado mucho por pararse en la ventana tanto, de suerte que arrimó su pequeña silla al hogar donde chisporroteaba el fuego, y se sentó allí quieto y pensativamente. Miz-Miz que se había enroscado como un rollo de lana en la esquina más caliente, brincó y yendo hacia Juanito, frotó su cabeza contra sus rodillas para atraer su atención. El lo acarició suavemente y comenzó á platicarle respecto á lo que estaba pensando él.

Estaba conjeturando acerco de los dos árboles que habían venido y al fin creyó haber entendido para qué eran. "Yo sé ahora," Miz-Miz dijo él, "por qué hay dos árboles. Este mañana cuando besé á mi papá en la puerta y le dije adiós, me dijo que me iba á comprar un árbol y mamá que estaba muy ocupada en la casa no le oyó decir eso. Y estoy seguro que ella ha comprado el otro. Pero ¿qué haremos con dos árboles de Navidad?"

El micho brincó sobre su falda y roncaba. Repentinamente un

plan atravesó la mente de Juanito. "¿Quisieras tener uno para tí, micho?" El micho roncó más fuerte, y casi pareció como si hubiese dicho: "Sí."

"Oh, lo haré, lo haré, si mamá me lo permite. Tendré un árbol de Navidad en el pajar para tí, micho, y para todos los otros favoritos míos, y entonces seréis tan alegres en el pajar como yo en la sala con mi árbol."

A esta hora comenzó á oscurecerse. La campanilla tocó, y tan pronto como un relámpago Juanito corrió á la puerta para recibir á su papá y mamá y darles un afectuoso beso. Durante la noche les contó todo que había hecho este día y también acerca de los dos árboles que el hombre había traído. Fué exactamente lo que Juanito había pensado. Papá y mamá habían comprado un árbol cada uno, y como el día de Navidad estaba tan cerca no quisieron volverlos. Juanito se alegró mucho de esto, y les dijo del plan que había hecho, y les preguntó, si él podía tener el otro árbol. Papá y mamá se sonrieron cuando Juanito les explicó su plan, pero dijeron que podía disponer del arbolito, y Juanito se acostó muy contento.

En la misma noche su papá clavó el árbol en un zoquete de madera para que pudiese estar firme y entonces lo puso en la mitad del pajar. El próximo día cuando Juanito había concluido sus lecciones fué á la cocina y preguntó á Anita la cocinera si podía guardar los huesos y cáscaras de patatas y otras cosas que sobrasen de las comidas y darselas la siguiente mañana. También la suplicó que le diese varios tazas llenas de sal y maíz, lo cual ella hizo poniéndolas en sacos de papel. Entonces le dió los platos que había pedido, unos rotos que no servían para usarse en la mesa, y una punchera vieja de madera. Anita quería saber lo que intentaba hacer Juanito con todas estas cosas, pero él dijo solamente: "Espera hasta mañana y lo verás." Recogió todo lo que la cocinera le había dado y lo llevó al pajar poniéndolo sobre un estante en un rincón donde ninguno pudiera tocarlo, y donde estuviera listo para la próxima mañana.

La mañana del día de Navidad llegó y tan pronto como pudo Juanito corrió al pajar, donde estaba el árbol de Navidad que él iba á componer para todos sus favoritos. Primeramente tomó un saco de avena amarrándolo en una de las ramas del árbol para

Morenita, la yegua. Entonces hizo algunos paquetes de heno y los amarró sobre el otro lado del árbol, no tan altos como los otros, donde Blanca Cara, la vaca pudiera alcanzarlos, y en las ramas de más abajo puso heno para el ternero. En seguida Juanito corrió á la cocina para coger las cosas que Anita le había prometido guardar. Ella tuvo bastante que darle.

Con sus manos y brazos llenos de cosas volvió al pajar. Halló tres hermosos huesos con bastante carne en ellos; los amarró juntos en otra rama del árbol para Pirata, su grande perro negro. Bajo del árbol puso la punchera de madera llena de cáscaras, arroz y carne, que sobraron de la comida del día anterior; esto fué para el cochinillo. Cerca de esto colocó una punchera de leche para el micho, en un plato la sal para su cordero favorito y en otro plato el maíz para los polluelos. En la copa del arbol amarró una canasta de nueces para su ardilla, y casi he olvidado de deciros del manojo de zanahorias atado muy abajo donde su conejito pudiese alcanzarlas.

Cuando todo fué acabado, Juanito se retiró un poco para mirar su maravilloso árbol de Navidad. Palmeando sus manos con alegría corrió llamar á su papá y mamá y también á Anita, y ellos se rieron cuando vieron lo que había hecho. Era el más chistoso árbol de Navidad que jamás habían visto. Estaban seguros que á los favoritos les gustarían muchísimo los regalos que Juanito les había puesto.

En seguida hubo mucho que hacer en el pajar. Papá y mamá y Anita le ayudaron para meter todos los animales, y antes de mucho tiempo Morenita, Blanca Cara, el ternero, Pirata, el cochinillo, el micho, el cordero, los pollos, la ardilla, y el conejito habían recibido cada uno su almuerzo de su propio árbol de Navidad. ¡Qué chistosa vista era verlos á todos parados al rededor del árbol alegres y contentos, comiendo y bebiendo con mucho apetito!

Mientras que los miraban, Juanito tuvo otra idea; pronto corrió á la casa y trajo la nueva trompeta que le había dado su papá para el día de Navidad. A este tiempo los animales habían concluido su almuerzo, y Juanito sonó su trompeta como una señal de que la fiesta del árbol había pasado. Morenita se fué á su cuadra relinchando y cabriolando, Blanca Cara se volvió modestamente

mugiendo, el ternero siguiéndola trató de imitarla, el corderito se fué balando, y el cochinillo se marchó gruñiendo, el micho brincó sobre la valla con un maullido, y la ardilla todavía estaba en el árbol quebrando sus nueces. El conejito brincó á su aseado cuartito, mientras Pirata, ladrando alto, despachó los polluelos á su gallinero. ¡Qué algazara! La mamá dijo que parecía como si estuviesen tratando de decir: "Felices Pascuas, Juanito, Felices Pascuas á todos."

—FRANCES ARNSTEIN.

SAN NICOLÁS Y EL RATÓN.

Una víspera de Navidad cuando San Nicolás llegó á una cierta casa, para llenar allí las medias de los niños, encontró un pequeño ratoncito. "Felices pascuas, querido amiguito," dijo San Nicolás bueno y bondadoso. "Buenas Pascuas, Señor," dijo el ratón, "yo pensé que á Ud no le importaría, si estuviese despierto esta noche y observase á Ud un rato." "Haz como quieras, pequeño ratoncito," dijo San Nicolás sonriéndose. Entonces llenó las medias, antes que el ratón pudiese parpadear, de extremo á extremo sin dejar el más pequeño espacio. "Ahora nada más puede ser puesto en ellas," dijo San Nicolás con orgullo. Pero el ratón con humildad replicó: "No es político contradecir, pero en la más llena de las medias yo podría poner una cosa más." "Oh, oh," se rió San Nicolás, "tonto ratón ¿no sé yo cómo empacar? llenando medias todos estos años seguramente debo saber llenarlas." Entonces bajó la media de donde estaba colgada, y dijo: "Ahora pon en ella una cosa más; te doy permiso de hacerlo." El ratoncito se rió á carcajadas, y en seguida royó un pequeño agujero en la punta de la media. "Ahora, si Ud gusta, Señor San Nicolás, he puesto una cosa más, porque Ud debe conceder que ese agujerito no estaba antes en la media." ¡Cómo se rió San Nicolás! diciendo alegremente en seguida: "Bien, tú tendrás un queso de Navidad por esta chanza cómica."

Si vosotros no creéis esta historia, puedo mostraros la misma media con el agujero que el ratoncito le royó.

—EMILIE POULSSON.

San Nicolás y el Ratón.

PÍCCOLA.

¡Pobre pequeña Píccola! ¿Sabéis, niños, lo que sucedió á Píccola? Era una pequeña niña francesa, cuyos pobres padres encontraban muy difícil sostenerse á sí mismos, esforzándose lo mejor posible para salvarse del frío y del hambre durante los días fríos del invierno. Eran tan pobres que en el día de Navidad no pensaron que trairía San Nicolás algún regalo á su niña. Pero Píccola no dudó de ninguna manera que alguna cosa hermosa debía acontecer á todos niños en el día de Navidad. Y por esto durmió contenta hasta que amaneció. Cuando se despertó en la mañana, estaba llena de esperanza y corrió á ver lo que San Nicolás había puesto en su zapato. Pronto los padres oyeron un grito de alegría, anunciándoles que San Nicolás no había olvidado á su hija, y luego Píccola corrió hacia ellos diciéndoles que mirasen adentro de su zapato. "¡Mirad," gritó, "lo que el buen San Nicolás me ha traído!"

¿Quién ha oído jamás tal historia? En el zapato de madera de ella había un pajarito temblante que debió haber volado al través de la ventana abierta escondiéndose en el zapato de Píccola. "Qué buena la pobre Píccola debe haber sido," grito ella tan alegre como una reina, mientras alimentaba y calentaba el pobre gorrión. Bailaba y cantaba con mucha alegría.

Esto cuento que os digo, niños, de Píccola y de su pájaro, es verdadera, y se dice que viven todavía en las lejanas tierras de Francia.

AUG 6 1900

LIBRARY OF CONGRESS
0 019 823 348 1